
HARLEQUIN
Deseo
Dos mundos y un amor
Cathleen Galitz

Editado por Harlequin Ibérica.
Una división de HarperCollins Ibérica, S.A.
Núñez de Balboa, 56
28001 Madrid


Dos mundos y un amor, n.º 1250 - mayo 2016
Título original: Warrior in Her Bed
Publicada originalmente por Silhouette® Books.
Publicada en español en 2003



I.S.B.N.: 978-84-687-8240-9

Conversión ebook: MT Color & Diseño, S.L.

# Índice

# Capítulo Uno

Era mucho más guapa de lo que Johnny Lonebear se esperaba.

Claro que, aunque su sobrina le había dicho que su nueva profesora no era así, él se la imaginaba poco menos que con cuernos y rabo, como Miss Applebee, su maestra.

La señorita Anne Wainwright era, aparentemente, muy amable, pero Johnny no pensaba dejarse engañar por su sonrisa fácil y su talento.

La madre de Crimson Dawn, hermana de Johnny, creía que todas las personas eran malas y, sobre todo, las que se hacían pasar por buenas. Johnny no llegaba a afirmar tanto, pero tenía su propia experiencia en el campo de batalla, donde unos y otros intentaban demostrar la superioridad de su cultura, religión o raza a balazos, incluidos los marines de los Estados Unidos, para los que había servido.

Si la señorita Wainwright resultaba cumplir las sospechas de su hermana Ester, podría tener ante sí al enemigo más peligroso con el que había tenido que vérselas jamás.

Al menos, eso era lo que había dicho su hermana que, furiosa porque la hubiera dejado impartir clases en su colegio, lo había instado para que fuera a verla.

–Yo no contrato a las profesoras –le había recordado Johnny–. Solo me encargo de que el colegio funcione.

Johnny miró a la única cabeza rubia entre tantas oscuras y se dijo que la nueva profesora no parecía especialmente diabólica aquella mañana.

En realidad, tuvo que decirse un par de veces que no había ido a maravillarse de cómo jugaban los rayos de sol con su cabello, sino para vigilarla.

–¿Le gustaría unirse a nosotros? –le preguntó ella de repente.

No tenía una voz hostil sino dulce y sin acento sureño. Johnny se encontró accediendo ante aquellos ojos que lo estaban retando.

A diferencia de su voz, aquellos dos láseres azules no tenían

nada de sutiles. Johnny pensó que podrían atravesar el corazón de un hombre con la misma facilidad con la que el cúter que tenía en la mano cortaba el cristal.

De repente, se sintió como si hubiera vuelto a ser un colegial y la vieja insolencia que lo había llevado tantas veces al despacho del director renació en él.

Sin pensárselo dos veces, la miró de arriba abajo con una gran sonrisa que no dejaba lugar a dudas de que le gustaba lo que estaba viendo.

–No, gracias –contestó apoyándose en la puerta cruzando los brazos–. Todo lo que necesito ver lo veo desde aquí muy bien.

–Estupendo –dijo ella poniéndose unas gafas para protegerse los ojos y comenzar su trabajo.

Si no hubiera sido por el ligero sonrojo de sus mejillas, Johnny habría creído que su presencia no había producido ningún efecto en ella.

Era de admirar cómo había seguido con su explicación como si él no estuviera allí. En ese momento, de hecho, estaba terminando de cortar la circunferencia.

–¡Ohhhh! –exclamaron todos los alumnos extasiados.

–¡Ah! –se burló Johnny.

La profesora lo miró con cara de pocos amigos y su propia sobrina le dedicó una mirada mortífera.

–No es para tanto, pero me alegro de que le guste –dijo Anne–. Si quiere puede volver mañana, vamos a limar los bordes.

¿Lo decía por él? No pudo evitar sonreír. Todas las mujeres que habían tenido alguna relación con él sabían que sus bordes o asperezas eran imposible de limar.

–La clase ha terminado, niños. Recoged el material.

Mientras los alumnos obedecían, Anne se quitó las gafas y Johnny se encontró deseando que se quitara también la cinta que le sujetaba el pelo.

Se la imaginó con aquella espléndida melena suelta. Seguramente, la haría aparentar veintisiete o veintiocho años.

Cuando se estiró para descargar los doloridos músculos de la espalda, algo peligroso se estiró en la entrepierna de Johnny. Aunque se sentía como un voyeur, no podía dejar de mirar.

–¿No me vas a presentar a tu tío? –oyó que Anne le decía a su

sobrina.

Johnny vio cómo Crimson Dawn resoplaba y accedía. Cruzaron la espaciosa sala de arte hacia él y los presentó.

–Mi tío Johnny…

–John –la corrigió–. John Lonebear.

«Le quedaría mejor Lonewolf», pensó Annie.

Aquel hombre era alto, debía de medir más de metro noventa, y estaba fuerte. Su presencia llenaba la estancia. Tenía el rostro anguloso y la piel color cobre. Por el corte de pelo, a lo militar, se veía claramente que había servido en el ejército.

Sin darse cuenta, Annie se preguntó cómo estaría con el pelo largo y recogido en dos trenzas, como en las películas. Todo un indio. La fiera mirada de aquellos ojos negros parecía peligrosa. ¿Debía darle la mano o se la arrancaría de un bocado?

–Encantada –dijo sin embargo extendiendo la mano con valentía.

John se tomó su tiempo descruzando los brazos para, finalmente, aceptar su mano. En ese momento, Annie sintió una descarga eléctrica que le erizó el vello de la nuca y le hizo sentir algo muy primitivo, casi animal.

Annie retiró la mano y dejó de sonreír rezando para que no se hubiera dado cuenta de la reacción que había provocado en ella.

–¿Qué puedo hacer por usted, señor Lonebear? –le preguntó.

«Puede dejar a mi sobrina en paz e irse de aquí como alma que lleva el diablo», pensó Johnny. «Puede meter en la maleta sus ideas de ciudad y ese perfume que lleva y salir a buen paso de la reserva», añadió mentalmente. «Y, ya que lo pregunta, quiero que me bese como nunca ha besado a nadie», concluyó.

¿De dónde había salido aquello? No lo sabía, pero lo cierto era que, al verla temblar, había sentido una poderosa atracción por ella.

Pero era peligrosa y no debía acercarse.

–Lo que puede hacer por mí, señorita Wainwright, es limitarse a enseñar manualidades y dejar de meter su preciosa naricita en las vidas privadas de sus alumnos –contestó invadiendo su espacio vital.

La profesora se quedó como si la acabara de abofetear.

–Llámeme Annie, por favor –contestó intentando llevar la conversación de forma distendida para saber por qué estaba aquel hombre tan molesto.

–Aquí nos gusta dirigirnos a los profesores por su apellido como muestra de respeto a su profesión –dijo Johnny con frialdad.

Si aquella mujer creía que lo podía ablandar y confundir con aquella voz dulce y sensual estaba muy equivocada.

No estaba dispuesto a sucumbir a sus maravillosos encantos.

–¡No te pases, tío! –exclamó Crimson Dawn dirigiéndole una mirada asesina–. No le haga ni caso, señorita Wainwright. Estoy segura de que ha sido mi madre la que lo ha hecho venir.

A Annie aquello pareció consolarla poco.

–Hablando de tu madre, te está esperando en el coche –dijo Johnny sin dejar de mirar a la profesora.

–Vete, vete –le dijo Annie viendo que la chica no la quería dejar a solas con su tío–. Nos vemos mañana en clase.

Crimson Dawn echó los hombros hacia atrás y fue a vérselas con su madre. La pelea era inevitable.

Annie deseó poder intervenir, pero sabía que intentar parar a una adolescente era imposible.

–Muy bien, ¿qué le pasa a usted? No tengo ni idea de qué he hecho para que esté tan molesto, así que dígamelo.

Johnny se quedó mirándola a los ojos y pensó que no eran fríos sino esquivos. Había algo en aquellas profundidades azules que lo hacía querer protegerla.

Nada menos que de él mismo.

Sin poder evitarlo, alargó la mano y le tocó el pelo entre rubio y castaño.

«Color miel con reflejos canela», decidió.

–Muy bonito –comentó ausente.

Annie nunca se había considerado una belleza y no le gustó que le tomaran el pelo, así que echó la cabeza hacia atrás.

Al hacerlo, lo que consiguió fue que Johnny le acariciara la mejilla al dejar caer la mano.

De nuevo, la descarga eléctrica.

Sin poder evitarlo, se tocó la cara.

Johnny la miró con los ojos entornados. En todas las películas, las mujeres blancas tenían miedo del «salvaje».

–No quería asustarla –dijo rezando para que no se desmayara como las actrices del celuloide.

–No me ha asustado –contestó Annie.

Era una mentira a medias. Aunque aquel hombre era enorme, Annie no tenía miedo de su presencia.

Lo que la asustaba era cómo reaccionaba ante él físicamente. Lo que la asustaba era lo que la hacía sentir.

–¿Le importaría decirme qué he hecho que lo ha molestado? –insistió dispuesta a acabar con aquella farsa y llegar al fondo de la cuestión.

–La madre de Crimson Dawn cree que la culpable de que su hija quiera dejar la reserva para estudiar Arte en una universidad de San Luis es usted –contestó Johnny con una voz exótica y erótica que dejó a Annie anonadada.

–No le he dicho nada que ella no tuviera ya decidido –le dijo Annie sinceramente–. Estoy segura de que ya se habían dado cuenta de que su sobrina tiene talento y de que querrán animarla a aprovecharlo. Crimson me pidió mi opinión y yo me limité a decirle que creía que tenía lo que hace falta para triunfar en el mundo si es lo que quiere hacer. No sé por qué eso les hace pensar que me he metido donde no me llaman.

–Por si no se ha dado cuenta, muchos se preguntan por qué ha venido a la reserva.

Annie lo miró confusa.

–Solo para impartir una asignatura optativa sin créditos –se defendió.

–¿Seguro que no ha venido a salvar a la nación india? –bromeó Johnny con un deje de desprecio.

–¡Claro que no! –exclamó Annie sinceramente.

«Ya tengo bastante con salvarme a mí misma», añadió mentalmente para sí.

–Creo que no comprende que necesitamos que los jóvenes con talento, como mi sobrina, se queden en la reserva para hacerla prosperar –le informó Johnny–. No queremos gente de fuera que venga a convencerlos de que la integración es posible y, como resultado, las reservas se queden vacías y la cultura india se pierda. Yo he vivido muchos años en el mundo de los blancos y he vuelto aquí por propia iniciativa. Creo que eso me da derecho a decirle que

su mundo no es tan bueno como parece.

Annie levantó las manos en señal de rendición.

–Lo tendré en cuenta –contestó en tono profesional dando por zanjada la conversación.

–Eso espero –le espetó Johnny enfadado consigo mismo por haber provocado aquel aura de culpabilidad en su rostro.

Debía salir de allí cuanto antes porque temía que, de un momento a otro, no pudiera evitar tomarla entre sus brazos y prestarle su hombro para llorar.

–Antes de que se vaya, me gustaría darle un consejo –dijo Annie–. Si cree que puede controlar a una adolescente controlando lo que yo le diga, se equivoca por completo. Los sueños de los jóvenes les pertenecen única y exclusivamente a ellos, señor Lonebear, y yo no estoy por la labor de acabar con ellos aunque otros los vean como una locura. No me quiero meter en la vida de nadie, y menos en la suya, pero le recuerdo que, como educadora, mi labor es ayudar a mis alumnos a que vean sus sueños hechos realidad. Si quiere usted de verdad a su sobrina, como parece, debe respetar sus decisiones y dejarla hacer lo que quiera con su vida. Al fin y al cabo, es posible que vuelva, como hizo usted, con mucho más que ofrecer a la reserva que cuando se fue.

Johnny se quedó mirando a aquella audaz mujer. Que lo hubiera puesto en su lugar con tanta calma lo confundía.

Él, que había bautizado el colegio con el nombre de Dream Catchers, había tenido que oír que lo acusaran de pretender acabar con los sueños de alguien. Aquello le dolió, pero lo que le enfadó fue que aquella profesora creyera que había que abandonar la reserva para tener éxito.

–Le aconsejo que tenga más cuidado en el futuro, señorita Wainwright –le dijo con frialdad–, porque, aunque no la he contratado yo, le aseguro que tengo el poder suficiente para despedirla si me parece –concluyó yéndose y dejándola allí plantada con la boca abierta.

## Capítulo Dos

Hacía poco tiempo que había dejado un puesto en San Luis en el que le pagaban mucho mejor y donde le habían dicho que volviera cuando quisiera, así que Annie sintió la tentación de hacerle un gran favor a señor Lonebear yéndose en aquel mismo momento.

Desde luego, no era el sueldo lo que se lo impedía porque ganaba una miseria que apenas le llegaba para vivir.

Menos mal que su amiga Jewell, a quien estaba sustituyendo, le había dejado su casa durante el verano que no había hecho más que comenzar.

Afortunadamente era una persona organizada y tenía casi un año de sueldo ahorrado. No, no era por el dinero por lo que decidió quedarse sino por el mural que había diseñado y estaba completando para donarlo al colegio que John Lonebear decía que era suyo.

A no ser por causas de fuerza mayor, a Annie Wainwright le gustaba acabar lo que había empezado.

Además, estaba Crimson, que la necesitaba.

Y, por último, nadie absolutamente nadie en el mundo, le decía a Annie Wainwright lo que tenía que hacer.

Aunque fuera un hombre increíblemente sexy.

Aunque a lo largo de su vida había aconsejado a muchos clientes y les había dicho que cambiar de ciudad no ayudaba a que los problemas se solucionaran solos, ella lo había hecho y se sentía a gusto de estar en la cabaña de su amiga, el lugar perfecto para corazones rotos y heridas por cicatrizar.

La casa de Jewell, apartada y situada a los pies de las Wind River Mountains, tenía unas vistas privilegiadas sobre el río del mismo nombre y el paisaje cercano.

Aquellas montañas eran maravillosas, pero no había turismo, algo indispensable para alguien que huía de la ciudad.

Ver el sol ponerse en el horizonte le hacía olvidarse de todos sus problemas. Poder seguir admirando aquel milagro de la Naturaleza

era otra de las razones por las que quería quedarse.

Por lo menos, hasta el final del verano, cuando el aspecto monetario sí la acuciara y tuviera que tomar decisiones.

Aparcó su pequeño coupé azul junto a la casa y se sentó en el porche a admirar aquella obra maestra de la Naturaleza.

Ojalá pudiera captar todas las tonalidades del cielo en su mural, en el que se veía a una familia india frente a un tipi y tras ellos las estaciones y los días del año.

Se sorprendió preguntándose qué le parecería al señor Lonebear su tributo a su cultura y se dijo que poco le importaba lo que aquel gallito pensara de ella.

Sin embargo, no pudo evitar que solo con pensar en él se le erizara el vello de la nuca.

En ese momento, sonó el teléfono y se apresuró a contestarlo.

Aunque le encantaba la soledad de aquel lugar, había momentos en los que se hacía duro. Por eso, se alegró enormemente de oír la voz de Jewell y no dudó en narrarle su encuentro con la bestia.

–¿Johnny? –dijo su amiga con incredulidad–. Conmigo siempre se ha portado, tanto profesional como personalmente, de maravilla. De hecho, los profesores y los alumnos lo adoran. No sé qué habrás hecho para caerle antipática.

Aquello fue la gota que colmó el vaso. ¿Cómo que qué había hecho? ¿La había tratado con extrema grosería y, encima, la culpable era ella?

–¿Johnny? –se burló imitando a su amiga–. A mí me ha dado a entender que hay que dirigirse a los demás por el apellido y hablarles de usted.

–Solo delante de los alumnos –le aclaró Jewell–. Es para intentar que los chicos que no tienen disciplina en casa, que son muchos, la tengan en el colegio.

Annie lo entendía y estaba de acuerdo, pero no estaba dispuesta a dar su brazo a torcer porque significaría dejar al perverso señor Lonebear como un angelito.

Decidió servirse una limonada y pedirle a Jewell que le hablara un poco más de aquel ser.

–Continúa –murmuró luchando con los cubitos de hielo.

–A lo mejor lo has pillado en un mal día o quizás sea porque no te ha contratado él personalmente, aunque nunca he visto que eso

le moleste siempre y cuando se contrate a personal cualificado. La semana en la que te contrataron, él estaba en Washington pidiendo una serie de subvenciones y ayudas. Es posible que no las consiguiera y esté de mal humor por ello. De todas formas, lo dudo porque se le da fenomenal conseguir dinero para el colegio. Gracias a él, Dream Catchers Higa es uno de los mejores colegios de la zona –concluyó su amiga con admiración.

–Dios mío –murmuró Annie con sarcasmo–. Parece un santo.

–Yo no diría tanto –rio Jewell–. Cuando tengas tiempo, pregunta a los ancianos del lugar, diles que te cuenten cómo fue la díscola juventud del que ahora es su hijo predilecto.

–¿Díscola juventud? –preguntó Annie con curiosidad.

–Por lo visto, Johnny causaba furor entre las chicas. Era el malo del lugar, el duro, tenía una Harley y era muy buen deportista. Cuenta la leyenda que no le interesaba estudiar y que pasaba de las chicas que caían rendidas a sus pies. Incluso hay gente que afirma que varios chicos que corretean por la reserva son suyos.

Annie sonrió satisfecha. Su jefe era un cretino.

Decidió cambiar de tema y no volver a pensar en el señor John Lonebear más de lo estrictamente necesario.

Era fácil engañar a una persona tan dulce e inocente como Jewell, pero no a ella, que no creía en las promesas de ningún hombre.

Como experta en el tema, se preguntó si no debería ofrecerse para dar clases y sacarse, así, un sobresueldo. Sí, podría llamar a la asignatura Defensa del corazón.

¿Y si se lo proponía al señor Lonebear? Recordó su consejo de no mezclar sus opiniones personales con las clases y decidió seguirlo porque hacerlo ya le había costado dejar su anterior trabajo.

Si otras personas podían dar clase sin involucrarse, sin poner el corazón en ello, y recoger su sueldo a final de mes sin ningún tipo de remordimiento, ella también tenía que poder.

A pesar de su decisión de no encariñarse con sus alumnos, Annie se alegró enormemente de ver a Crimson en clase al día siguiente… y dio gracias al cielo de que su tío no anduviera por allí.

La chica se disculpó por la actitud de su tío, pero Annie le dijo que no tenía importancia.

–Si sigues así, vas a poder entregar otro proyecto este semestre –le dijo admirando su trabajo.

Dudó y decidió añadir algo más.

–No sé si lo sabrás, Crimson, pero se me ha prohibido que te anime a aprovechar tu talento, pero, aun así, quiero que sepas que tienes un don increíble. Que decidas utilizarlo o no solo depende de ti.

La chica sonrió tímidamente.

–Gracias –murmuró–. No deje que mi tío Johnny la asuste. En realidad, no es más que un osito de peluche grande.

Annie intentó no soltar una carcajada.

Osito de peluche no era precisamente el tipo de oso al que le recordaba John Lonebear. Más bien, parecía un oso polar fiero y grande. Aun así, sonrió ante la preocupación de Crimson y rezó para que su tío se hubiera ido a hibernar.

Horas después, cuando sus alumnos ya se habían ido, Annie se puso a trabajar en su obra y estaba tan absorta que no se dio cuenta de que no estaba sola.

–Muy bonito –murmuró Johnny acercándose para ver de cerca lo que la tenía tan absorta.

Annie se llevó un buen susto que estuvo a punto de hacer que se le cayera la pieza de cristal que tenía en la mano.

Sabía que se refería al mural, pero no pudo evitar preguntarse cómo sería oír a aquel hombre hablar igual de su perfume, su pelo o sus pechos.

–Me alegro de contar con su aprobación –contestó secamente.

Johnny ignoró la advertencia para que se fuera y se inclinó sobre la obra.

Acarició la superficie que representaba el alba y se quedó mirándola.

Annie deseó que se cortara para ver si, así, se iba, pero no ocurrió y, por supuesto, no se fue.

–Últimamente, he recibido información contradictoria sobre usted que no he pedido –le dijo agarrándola por sorpresa.

Annie no quería saberlo porque estaba segura de que no iba a ser nada bueno.

–¿Ah, sí? –dijo.

–Mi sobrina no para de decirme que debo pedirle perdón –le explicó– y una de las profesoras del centro, a la que respeto profundamente, me llamó ayer de repente para hablarme bien de usted, pero mi hermana sigue creyendo que tiene usted serpientes en la cabeza y quiere que la despida por torcer a su hija.

–¿Serpientes en la cabeza? –dijo Annie confundida.

–Es una vieja expresión india que quiere decir que está loca –sonrió Johnny–. Viendo su trabajo y escuchando las maravillas que sus alumnos cuentan de usted, me siento inclinado a pensar que Crimson tiene razón, pero me gustaría que no se lo dijera. Todos sabemos que no es bueno darle la razón a una adolescente demasiado a menudo.

–¿Me está pidiendo perdón? –preguntó Annie sorprendida.

–Si espera un acto de arrepentimiento, puede esperar sentada –le advirtió sonriente.

Annie se dio cuenta demasiado tarde de que perderse en las profundidades de sus ojos eran un gran error.

–¿Hacemos un alto el fuego, entonces, señor Lonebear? –consiguió decir.

–Por el momento, sí, señorita Wainwright –contestó Johnny guiñándole un ojo–. Cuando no haya alumnos delante, llámeme Johnny, que es como me llaman mis amigos –añadió estrechándole la mano.

Annie sintió la ya conocida descarga por todo el cuerpo y percibió cómo todos sus sentidos volvían a la vida. Era una sensación tan placentera que no quería soltarle la mano.

Su fuerza era de tal intensidad que podía compararse a la promesa de buen sexo que había en sus ojos.

Annie logró apartar la mirada y Johnny le soltó la mano.

–¿Qué te parece? –le preguntó señalando el mural para disimular su increíble reacción física ante él–. Como cuando esté terminado lo quiero regalar al colegio, me gustaría que me aconsejaras cómo puedo hacer para que parezca más auténtico y tenga más significado para los alumnos y la comunidad.

Ante la sorpresa de Johnny, Annie no pudo por menos que reírse. Inmediatamente, se sonrojó, pero hacía tanto que no se reía que decidió no pedir perdón por ello.

Al oír aquella maravillosa risa, Johnny creyó que la presión que sentía en la ingle iba a estallar, pero consiguió disimular que estaba ardiendo por dentro.

–Podrías añadir el símbolo de los shoshone y de los arapaho a los lados del tipi. Son las tribus predominantes en nuestra reserva.

No creyó necesario contarle que el gobierno había puesto allí hacía un siglo a vivir a dos tribus rivales para ver si, con un poco de suerte, se exterminaban unas a otras como habían hecho ellos con los búfalos, a los que habían masacrado salvajemente para dejar sin comida a los indios.

Johnny se recordó que lo único que tenía Annie en común con los pecados de sus antepasados era su pelo rubio y su tez blanca.

Sabía que no tenía derecho a echarle en cara actos de los que ni ella ni su generación eran responsables y que solo creaban odio y rencor.

–Gracias –dijo sacándolo de sus pensamientos y devolviéndolo a la realidad–. Lo que sé de las culturas indígenas lo he leído en los libros y no me gustaría fiarme solo de ellos.

–Me alegro de oír eso –contestó Johnny encantado de que alguien blanco tuviera esa objetividad–. ¿Sabes qué? Este fin de semana hay una fiesta india en Fort Washakie. Si quieres, te llevo. Allí encontrarás inspiración.

Annie se sonrojó ante aquella invitación. En su cabeza, se encendieron todas las luces de alarma que había y en su interior la esperanza y el miedo entablaron una difícil batalla.

Aunque la idea de ir a una fiesta india le atraía, la reputación de Johnny Lonebear era razón más que suficiente para no ir con él.

Pero, ¿cómo podía decir que no a una oferta así de paz?

–¿Me estás pidiendo una cita? –le preguntó sorprendida.

La sonrisa de Johnny hizo que le temblaran las rodillas, así que se apoyó en la mesa fingiendo naturalidad.

–¿Por qué no lo dejamos en un trabajo de documentación? –propuso Johnny.

# Capítulo Tres

Annie se pasó el día siguiente entero diciéndose que la «cita» para la que se estaba preparando con meticulosidad no era más que un trabajo de documentación.

¿Exactamente sobre qué? ¿Qué había querido decir Johnny? ¿Tal vez que ella debía familiarizarse con la cultura india o que el que debía documentarse sobre ella era él para poder pasarle un informe a su hermana?

Ninguna de las dos posibilidades le gustaba demasiado.

Se sentía incómoda y, para colmo, no sabía qué debía ponerse para ir a una fiesta india. No se identificaba ni con los indios ni con los vaqueros, por lo que no se veía ni con pantalones de ante con flecos ni con botas de punta y sombrero.

Finalmente, decidió ir vestida tal y como vestía normalmente porque, hiciera lo que hiciera, estaba claro que no iba a encajar en aquella fiesta.

Por eso, se puso una camiseta, unos pantalones cortos y unas zapatillas de deporte. Lo único fuera de lo normal que hizo fue prestar a su pelo más atención que de costumbre.

Siempre lo llevaba recogido, pero aquel día, mientras esperaba a que cierto hombre de lo más atractivo pasara a buscarla, se lo soltó por si tenía que emplear el viejo truco de taparse la cara disimuladamente.

No se maquilló porque ya tenía las mejillas sonrojadas de los nervios.

Al darse cuenta de que a Johnny le encantaría verla así de nerviosa por algo que no era ni una cita, se recordó que no era ninguna adolescente.

La mujer que se miró al espejo era suficientemente mayorcita para no cometer errores.

Desde luego, lo suficientemente mayorcita para no confundir la realidad con la ficción.

La verdad con la mentira.

El deseo con el amor…

Lo cierto era que no había nada que le diera motivos para pensar que su enigmático jefe y ella se iban a llevar mejor que en su primer encuentro.

Lo que estaba claro era que se iba a sentir como una intrusa.

El propio Johnny se lo había dicho claramente. Por el mero hecho de ser blanca, los habitantes de la reserva no se fiaban de ella.

En ese momento, llamaron con fuerza a la puerta y Annie dio un respingo como resultado del cual un frasco de perfume cayó al suelo.

–Pasa –gritó agachándose a recogerlo y poniéndose un poco en las muñecas.

Hacía tanto tiempo que no salía con un hombre que no sabía cómo comportarse.

A pesar de su indicación, nadie entró, así que se apresuró a abrir con una sonrisa falsa en la cara.

Al hacerlo y encontrarse con aquella belleza en el umbral estuvo a punto de caerse de espaldas.

Johnny llevaba unos vaqueros desgastados y una camisa vaquera también de manga corta.

–Estás muy guapa –dijo mirándola apreciativamente.

Annie, que había olvidado respirar, tomó aire para no morirse.

–Gracias –murmuró.

Decidió no devolverle el cumplido pues guapo no era suficiente para describir a aquel hombre que exudaba testosterona.

Sintió deseos de dar un paso atrás.

Sintió deseos de dar un paso adelante y dar rienda suelta a su curiosidad acariciando aquellos brazos musculosos.

Sin querer, su imaginación se coló bajo la camisa de Johnny y se alegró de ver que, si hacía una tontería como desmayarse allí mismo, por ejemplo, aquel hombre sería más que capaz de llevarla en brazos al sofá… o, mejor, a la cama.

Intentó mantener la compostura y sonrió como quien lo tiene todo bajo control.

–Voy por el bolso y nos vamos –anunció.

Se alegró de no invitarlo a pasar a ver la casa. No le parecía que a Johnny Lonebear le interesaran las telas y los colores.

Annie pensó que, seguramente, a él le gustaba dormir a cielo descubierto con las estrellas sobre la cabeza.

Inmediatamente, se imaginó dos sacos de dormir abrazados en algún lugar remoto y romántico.

Sacudió la cabeza para librarse de semejante fantasía, pero ya era demasiado tarde. En un abrir y cerrar de ojos, se vio bajo el cuerpo desnudo del hombre que tenía esperándola en la puerta.

–Si estás listo, por mí, fenomenal –mintió deseando poder meterse en casa corriendo y cerrarle la puerta en las narices.

Johnny no dijo nada mientras esperaba a que Annie cerrara la puerta.

En la reserva nadie lo hacía. No porque no hubiera cosas de valor sino porque creían que la casa de uno siempre tenía que estar abierta a los demás por si necesitaban algo.

Tal vez no fuera más que un detalle, pero se le antojó que resumía a la perfección lo diferentes que eran sus mundos.

Cuando Annie vio un oso en la furgoneta de Johnny no pudo por menos que abrir la boca.

–¡Túmbate, Smokey! –le dijo Johnny.

El animal se puso a mover el rabo como un perrito y Annie tuvo que esquivarlo para que no le diera.

Pronto se dio cuenta de que tanto dueño como mascota se habían quedado decepcionados porque no lo había acariciado, pero aquello se le antojaba como meter la cabeza en la boca de un león.

–Smokey es un oso, ¿verdad? –preguntó temerosa.

–Sí, pero no temas, no hace nada –contestó Johnny–. Solo ataca cuando cree que estoy en peligro.

Aquella furgoneta era tan alta que Johnny tuvo que ayudarla a subir. Annie hubiera preferido, sin embargo, que la dejara apañárselas sola porque, al sentir su mano en el codo, volvió a sentir una descarga eléctrica que le dejó claro lo mucho que su piel echaba de menos las caricias de un hombre.

Johnny le cerró la puerta, se dirigió al otro lado del vehículo en dos zancadas y se subió con facilidad, como si no fuera como el coche de Hulk.

–¿Crees que estás preparada? –le preguntó sonando

sinceramente preocupado.

Aunque todo su cuerpo gritaba que no, Annie asintió.

No se atrevió a pedirle que pusiera el aire acondicionado por temor a que Johnny se diera cuenta de lo que le estaba sucediendo.

No pudieron hablar mucho pues el camino de tierra por el que avanzaban estaba lleno de baches, lo que dificultaba una conversación fluida, así que Annie se dedicó a mirar el paisaje y a concentrarse en intentar controlar sus impulsos sexuales ante aquel hombre.

Johnny tenía la impresión de que su acompañante habría preferido ir en la parte de atrás, al aire libre, que junto a él.

El lenguaje corporal de Annie Wainwright no podía dejar más claro el muro que había construido entre ellos.

A Johnny le recordó a la Gran Muralla China.

Le hubiera gustado decirle que no tenía nada que temer, pero no era así. Tal y como estaba respondiendo su cuerpo ante la proximidad de aquella mujer, los temores de Annie no estaban del todo infundados.

Se sorprendió a sí mismo dándose cuenta de que la deseaba.

Se dijo que no era su tipo, pero no le sirvió de nada. Normalmente, le gustaban mujeres más altas y de su entorno. Se solía fijar en las mujeres de pelo negro como el azabache. Además, le gustaban las mujeres con iniciativa, seguras de sí misma, sin miedo a dar el primer paso.

Las malas experiencias le habían enseñado que a él le iba más dar el último.

Que una mujer blanca, de pelo claro y naturaleza más bien prudente le atrajera tanto era, como menos, alarmante.

¿Qué diría su hermana si supiera lo que se le estaba pasando por la cabeza?

Desde luego, lo que estaba sintiendo no tenía nada que ver con el aspecto profesional de su relación.

Johnny alargó el brazo y puso el aire acondicionado a la máxima potencia. Por desgracia, no le sirvió de mucho.

Menos mal que estaban ya llegando a Fort Washakie. Allí estaba el cartel que anunciaba a los conductores que la población contaba

con un número estable de 271 habitantes.

Los habitantes del lugar decían que era porque, cada vez que nacía un bebé, huía un hombre.

Como él se había visto involucrado en aquel humor más que cuestionable se abstuvo de contarle la gracia a Annie y se limitó a aparcar.

El aire olía a pan recién hecho y aquello le hizo recordar a su abuela, que los había criado a Ester y a él después de que sus padres murieran en un trágico accidente de tráfico.

Aquel era el pistoletazo de salida a tres días de canciones, bailes y concursos. Inmediatamente, Johnny se sintió de buen humor.

Le dio una vuelta a Annie por la feria para que viera los puestos de los vendedores. Había muchas joyas en plata, turquesas y jade, artículos de cuero, juguetes y, por supuesto, comida.

Annie se mostró de lo más sorprendida cuando no hubo que pagar para entrar. Lo primero que hicieron fue comprar un refresco y un poco de pan y ponerse a andar.

Johnny se fijó en que Annie lo miraba todo emocionada, como la primera vez que él había ido a una feria.

Por más que Johnny le advirtió que se iba a poner perdida, se empeñó en ponerle miel a su pan y, efectivamente, se le escurrió la miel por la barbilla.

–Ven aquí –dijo Johnny sacándose un pañuelo del bolsillo.

Annie se sintió como una niña pequeña hasta que sus miradas se encontraron y, entonces, el mundo dejó de existir.

Irguió la cabeza invitándolo a que la besara. Johnny se quedó parado, preguntándose qué pasaría si le quitara la miel con la lengua antes de llevársela a un tipi cercano para hacerle el amor salvajemente.

Finalmente, decidió limpiarle la miel con el pañuelo como una persona civilizada. Annie sintió que el mundo giraba más aprisa de lo normal y tuvo que apoyarse en su pecho para no caerse. Craso error. Todas sus hormonas se revolucionaron al instante.

–Vamos a ver las danzas –consiguió sugerir en un hilo de voz.

«También podría haber dicho vamos a desnudarnos», pensó mientras seguía a Johnny hasta la arena circular en la que se bailaba.

Les costó un buen rato llegar ya que casi todos con los que se

cruzaban tenían algo que hablar con él. Sorprendentemente, nadie la hizo sentir fuera de lugar.

Allí estaba Crimson Dawn, ataviada con un precioso vestido de cuero ricamente adornado que había pertenecido a su bisabuela.

La chica le preguntó tímidamente a su profesora si se iba a quedar a verla bailar.

–Claro que sí. No me lo perdería por nada del mundo –contestó Annie sinceramente.

El espectáculo fue precioso y Annie percibió la fusión del pasado y el presente al ritmo de los tambores que hacían retumbar la tierra. Se dio cuenta de que se sentía más viva que nunca y se dejó llevar por la experiencia.

Cuando terminó la música, demasiado pronto para su gusto, tenia lágrimas en los ojos, prueba de su comunión con el universo.

La lánguida mirada que Johnny le dedicó atravesó su esencia y la dejó desnuda y vulnerable. Se inclinó sobre ella como si fuera a contarle un secreto. Annie sintió su aliento cálido y dulce.

Annie cerró los ojos y se imaginó que estaban solos en el mundo. Inmediatamente, el deseo hizo su aparición recordándole que, por mucho que se empeñara, era una criatura sensual.

Una voz chillona la sacó de sus elucubraciones.

–Usted y yo tenemos que hablar, profesora –dijo una mujer abriéndose paso hasta ellos.

–Ahora, no, hermana –suspiró Johnny agarrando a Annie del brazo y llevándosela a la arena.

–Pero si no sé bailar esta música –protestó ella avergonzada.

No estaba por la labor de hacer el ridículo y, tarde o temprano, iba a tener que vérselas con la madre de Crimson Dawn.

Además, tenía la conciencia muy tranquila, así que le comentó a Johnny que por qué no hacerlo allí mismo.

–Sigue mis indicaciones y todo irá bien –dijo Johnny refiriéndose al baile.

No creía que pudiera mantenerse neutral si estallaba una disputa entre las dos mujeres y no quería que le estropearan el día.

Finalmente, Annie se dejó llevar por la música de los tambores que sonaban al ritmo de su propio corazón.

# Capítulo Cuatro

Para ser tan grande, Johnny Lonebear bailaba como una pluma.

La condujo al círculo donde estaban todos bailando y la instó a que abandonara sus inhibiciones y se uniera al grupo.

Annie lo intentó, pero, de pronto, Johnny la abrazó con fuerza y la apretó contra sí tanto que Annie sentía el latido de su corazón. Fuerte y claro, rivalizaba con el tambor principal que marcaba los pasos de los bailarines.

Johnny le apartó un rizo de la cara y se lo puso detrás de la oreja.

–Si te sientes más cómoda, yo encantado de bailar más lento contigo –le susurró.

Annie se estremeció ante su cercanía y jugueteó con la idea de besarlo, pero, dado que estaba en territorio no conocido, decidió no ser tan lanzada.

–No creo que me ayude a sentirme más cómoda precisamente –admitió.

En realidad, lo que no quería era llamar la atención. Todo el mundo estaba bailando suelto menos ellos dos, que bailaban agarrados. ¿No sería aquello interpretado por los demás como una falta de respeto?

–Como quieras –sonrió Johnny tomándola en brazos y dándole vueltas como si no pesara nada.

Para cuando la dejó en el suelo de nuevo, Annie estaba mareada y sin aliento. Aquel hombre la volvía loca.

Johnny lanzó un grito de júbilo y se puso a bailar en círculos de forma elegante y experta. Verlo conectar con sus antepasados a través del baile, completamente abandonado, fue una experiencia conmovedora para Annie.

Al cabo de un rato, anunciaron por megafonía que todo el que quisiera, aunque no fuera indio y no fuera vestido para la ocasión, podía unirse a los bailarines.

Johnny agarró a Annie de la mano y la invitó a bailar el vals

indio. Annie se dejó llevar por los pasos que le marcaba sin dejar de mirarlo a los ojos.

–¿Te estás divirtiendo? –le preguntó él.

Annie asintió y pensó que, sinceramente, hacía muchísimo tiempo que no se lo pasaba tan bien.

Del vals pasaron a bailar la danza de la amistad, que terminó de repente dando paso a Stormy Big Shield, el animador de la feria, que se acercó hasta allí para hablar a los presentes y dedicar un aplauso a aquellos de entre ellos que habían servido en las diferentes guerras, desde la Segunda Guerra Mundial hasta la de Afganistán.

–Me gustaría saludar a un hombre muy especial –anunció dirigiéndose a Johnny–. No dejen que su timidez los confunda. No solo fue un estupendo bailarín en su juventud. Además, volvió de servir a su patria con varias medallas. Su valor le viene de la sangre guerrera que corre por sus venas desde hace generaciones. Algunos dicen que es descendiente directo de Caballo Loco, pero nosotros nos conformamos con decir que está loco.

Johnny agachó la cabeza resignado y saludó tímidamente a la multitud que lo admiraba.

–Espero que hayan tenido la suerte de verlo bailar. Les diré que proviene de una familia de bailarines lobo. Por si no saben lo que quiere decir eso, les diré que hace mucho mucho tiempo, estos bailarines eran respetados guerreros que guiaban a sus pueblos en las migraciones por las llanuras. Un aplauso para Johnny Lonebear, un guerrero de hoy en día que volvió de servir a la patria para guiar a los más jóvenes de nuestro pueblo en un mundo nuevo sin olvidar el antiguo.

Annie se quedó tan sorprendida que casi se le olvidó aplaudir. Jewell le había dicho que Johnny era, además del soltero más codiciado, un hombre muy respetado en la comunidad, pero no le había dicho que era el héroe local.

Ante sus ojos, Johnny Lonebear, que parecía un ogro, se estaba convirtiendo en un hombre muy complejo.

–Me dejas impresionada –le dijo sinceramente.

Johnny gruñó algo y a Annie le quedó claro que no quería hablar del tema.

–¿Nos vamos? –le dijo sin rastro de su buen humor.

Annie no quería irse, pero, por educación, accedió.

–Espero que tengas suficientes ideas para tu mural –comentó Johnny.

–Para este y para cien más –sonrió Annie.

–Siento mucho que nos vayamos, pero, aunque aprecio el reconocimiento de los demás, me ha hecho recordar cosas desagradables –admitió Johnny.

–Hay recuerdos que hacen mucho daño –contestó Annie.

–Sí, por eso prefiero no hablar de ellos –le espetó Johnny.

–Muy bien –dijo Annie aliviada de que no se hubiera dado cuenta de que lo decía por ella y por sus recuerdos.

–¿Compramos unos refrescos para el camino? –sugirió.

–Buena idea –contestó Johnny–. Cuanto menos hablemos tú y yo del pasado, mejor nos irá –sentenció.

Annie decidió no insistir. Sabía por experiencia que no era aconsejable obligar a alguien que no quiere hablar a hacerlo. Estaba segura de que Johnny encontraría el momento oportuno para contarle lo que le apeteciera. Esas cosas solían llegar solas. Solo había que darles tiempo.

La posibilidad de que aquello sucediera cuando ella ya se hubiera ido de la reserva la entristeció profundamente.

Recordó que había decidido no involucrarse en las vidas de los demás ni encariñarse con ellos, así que se concentró en su refresco. Tras dar un buen trago, se lo puso en la frente, que sentía abrasada.

–Te tendrías que haber puesto crema, rostro pálido –dijo Johnny–. Te estás quemando.

«Estoy ardiendo», pensó Annie.

–Es para ser un piel roja, como tú –bromeó.

Se sentía más segura jugando con las palabras que con las emociones o las respuestas físicas porque eso sí que podía acarrearle problemas y eso era lo último que necesitaba en aquellos momentos de su vida.

–Es curioso cómo esa expresión se ha utilizado durante siglos para describir a los de tu raza y mañana seré yo la que estaré toda colorada mientras que tú estarás moreno –comentó eligiendo sus palabras.

–Nosotros también nos quemamos, pero no se nos nota tanto. De todas formas, suelo huir de emplear ese tipo de expresiones porque

solo sirven para crear odio y rencor –contestó Johnny–. He visto comenzar batallas por decir palabras insultantes en un entorno hostil. Por desgracia, he visto las carnicerías que se forman como consecuencia de ello.

Annie se estremeció.

–Yo prefiero la pipa de la paz a las bombas –le aseguró recordando las guerras entre bandas que había en su colegio.

–Eres más de hacer el amor y no la guerra, ¿eh? –sonrió Johnny.

Annie sintió que se quedaba sin aliento mientras sus miradas se encontraban. Una simple frase, repetida hasta la saciedad en los años sesenta, fue suficiente para despertar en ella todo tipo de fantasías sexuales con el hombre que tenía ante sí.

Se había dicho que debía comportarse como un mero testigo mientras estuviera en la reserva, pero se dio cuenta de que lo que le estaba ocurriendo con Johnny no era normal y no iba a poder seguir manteniéndose en una postura neutral.

Su obstinado cuerpo se negaba a seguir el consejo de su cerebro, que estaba con todas las luces de peligro encendidas.

–Llévame a casa –susurró preguntándose dónde iba a acabar aquello.

Johnny la miró con deseo y Annie sintió que le flaqueaban las piernas y que la poca resistencia que le quedaba se desvanecía. Para colmo, Johnny le dedicó una provocativa sonrisa que dejaba muy claro que tenía en mente exactamente lo mismo que ella.

–Con mucho gusto –contestó.

# Capítulo Cinco

Annie no se había sentido tan nerviosa con una persona del sexo contrario desde su primera cita en el colegio.

Había pasado mucho tiempo, pero recordaba con claridad lo mal que lo había pasado cuando su acompañante la había agarrado de la mano. Le había disgustado que la tuviera sudada.

Mientras Johnny conducía en silencio, recordó la espera ante su primer beso. Había sido toda una agonía.

Sus amigas, más experimentadas, le habían hablado tanto del primer beso que lo había idealizado y aquel le pareció, como mínimo, demasiado corto.

Annie recordaba a la perfección los labios inexpertos de aquel muchacho, su lengua entrando torpemente en su boca y sus inadecuados movimientos para intentar desabrocharle el sujetador.

En aquel momento, había salido del coche para refugiarse en el santuario de su dormitorio y poder llorar a gusto ante tamaña decepción.

Recordar aquella cita no le sirvió precisamente para tranquilizarse. Era cierto que ya no tenía dieciséis años y que Johnny no era un adolescente con ganas de contar el lunes en clase lo que había hecho con alguna chica el fin de semana.

Obviamente, la atracción sexual que había entre ellos era de naturaleza completamente adulta y natural. No había nada forzado, era como un río que fluía hacia el mar.

Si hubiera tenido que juzgar por su entrepierna, como las Cataratas del Niágara.

¿Le sería posible nadar contra una corriente tan fuerte sin salir magullada o, todavía peor, totalmente destrozada?

En aquel momento, un bache provocó que la furgoneta se moviera bruscamente y Annie se encontró con una mano en el parabrisas y otra, en el muslo de Johnny, que se tensó ante el inesperado contacto.

–Perdón –se disculpó sonrojándose y mirando de reojo a la

bragueta del pantalón.

Se apresuró a apartar la vista, pero ya era demasiado tarde. Johnny sonrió dejándole claro que se había dado cuenta de dónde se le habían ido los ojos.

–No me importa en absoluto que me toques y me manosees –bromeó.

Annie no supo qué contestar. Retiró la mano y se puso el cinturón de seguridad.

Nunca había sido de tirarse encima de un hombre y, para colmo, sospechaba que el que tenía a su lado estaba muy acostumbrado a gustar a las mujeres.

Se mordió el labio inferior e intentó hablar de algo sin importancia para que su relación volviera a la fase platónica.

Para su desgracia, Johnny no tenía ganas de hablar, así que pronto se vio estudiando su perfil disimuladamente.

«Parece un ángel caído», decidió.

Tenía ojos misteriosos y rasgos marcados que le conferían un aire peligroso que podía inducir a las mujeres a querer ver si eran capaces de domarlo y sacarle su lado positivo.

Estaba tan absorta en sus pensamientos que se sorprendió de lo poco que tardaron en llegar a casa de Jewell.

Sin previo aviso, Johnny aparcó, paró el motor, le abrió e insistió en acompañarla hasta la puerta.

A pesar de que se había comportado en todo momento como un perfecto caballero, Annie no había podido evitar soñar despierta y desear que parara la furgoneta en cualquier arcén y la hiciera suya.

Como era pura fantasía, se dejaba hacer encantada.

Por supuesto, aquello no había ayudado demasiado a tranquilizarla. Más bien estaba excitada y húmeda.

Algo le decía que Johnny Lonebear no era de los que se conformaba con un beso en la mejilla y un portazo en las narices, pero invitarlo a tomar algo dentro podía suponer algo que podía acarrear muchos problemas.

–Supongo que me vas a invitar a pasar –dijo Johnny sonriendo al ver que no acertaba a meter la llave en la cerradura–. Solo por si vienen esa panda de indios borrachos que estaban diciendo que querían violar a una blanca, ¿no?

Obviamente, lo decía porque había dejado la casa cerrada con

llave, como hacía todo el mundo en la ciudad. No le gustó su comentario y, además, no le gustaba que nadie le dijera lo que tenía que hacer.

–Para que lo sepas, te has pasado de listo –le advirtió–. Si no te invitara a pasar no haría más que confirmar la creencia de tu hermana de que no soy más que una desagradecida racista –le espetó con desdén.

–De acuerdo, de acuerdo –sonrió Johnny.

Se enfadó consigo mismo por haberla enfurecido, pero lo había hecho sin querer. Annie iba a tener que aprender a aceptar ese tipo de bromas ya que, de lo contrario, no iba a poder enseñar a los niños indios porque, precisamente, era sano y necesario enseñarles a tener sentido del humor.

Sí, efectivamente, los pueblos indígenas habían sustituido el arco y las flechas por un agudo sentido del humor que salvaba a innumerables jóvenes de suicidarse o caer en las garras del alcohol y las drogas.

Agarró la llave de manos de Annie y la introdujo en una cerradura oxidada por el desuso.

Sin poder evitarlo, se encontró comparándose a sí mismo con ella.

Se había autoimpuesto el celibato, pero su cuerpo estaba reaccionando ante la presencia de aquella mujer y se preguntó si sería inteligente tener relaciones con ella.

Tenía la impresión de que un solo encuentro no sería suficiente y sospechaba que una relación meramente sexual con Annie Wainwright no sería sencilla.

Abrió la puerta y se quedó mirando el interior.

–¿Quieres pasar a tomar algo? –le preguntó Annie.

–¿No te da miedo que me vuelva el típico indio borracho que te da miedo y por el que cierras la puerta de tu casa?

–No me da miedo nada típico –contestó Annie con frialdad–. Lo que sí me da miedo es que me tildéis de racista haga lo que haga y diga lo que diga. Por si no te has dado cuenta, me estoy hartando de tu actitud.

Johnny se dio cuenta de que tenía razón. Era de naturaleza defensiva y solía atacar antes de que lo atacaran.

Aun así, seguía preguntándose si aquella mujer no tenía ciertos

prejuicios hacia los indios que no quería admitirse ni a ella misma.

Recordó los comentarios de su hermana y decidió no bajar la guardia hasta conocerla mejor.

–Me parece bien –dijo entrando como si no hubiera pasado nada entre ellos–. Un Jack Daniel's con Coca-cola, por favor.

–Voy a ver qué hay –sonrió Annie yendo hacia la cocina.

Mientras la oía rebuscar, Johnny se puso a mirar a su alrededor en busca de indicios que le revelaran cómo era Annie Wainwright en realidad.

Había varias revistas y libros de arte junto al sofá y su carpeta de trabajo estaba sobre la mesa, donde también había fotografías.

Ah, aquello era mucho más prometedor.

Se veía a Annie más joven junto a miembros de su familia. Se parecía mucho a su hermano y a su hermana, igual de rubios que ella y con los mismos ojos azules de su madre.

Para un niño de ocho años que había perdido a sus padres en un accidente de tráfico por culpa del alcohol, aquella fotografía representaba todo lo que él nunca había podido tener: la estabilidad de una familia completa y un entorno de clase media.

Johnny tomó otra fotografía más pequeña, rodeada de un caro marco de plata, en la que se veía a un niño pequeño. Era muy guapo, pero de rasgos morenos, así que Johnny pensó que no era de la familia de Annie.

En ese momento, entró ella en el salón con dos vasos. Al ver lo que Johnny tenía en la mano, se quedó en el sitio y él sintió como si lo hubiera pillado jugando con un objeto sagrado.

O molestando a los muertos.

Johnny dejó la fotografía en su sitio y se acercó a ella con curiosidad, pero Annie no dijo nada. Se limitó a entregarle su vaso y a hacerle una seña para que se sentara.

Johnny la tomó de la muñeca y la sentó a su lado.

Entonces, Annie se dio cuenta de que los hielos de su copa se habían deshecho ya, le dio un buen trago y decidió que no se la había puesto suficientemente fuerte.

Estaba nerviosa y excitada y no se le ocurría nada que decir. Para variar, fue Johnny quien habló y lo hizo de forma directa.

–¿Dónde crees que va a terminar esto?

La pregunta la pilló por sorpresa. No solo porque era lo mismo

que se llevaba ella preguntando desde que había accedido a ir con él a la feria sino porque inmediatamente se formó la respuesta en su cabeza.

«En mi cama».

Temblando, dejó la copa en la mesa.

–No lo sé –admitió.

–Pues yo, sí, pequeña bailarina del viento –dijo Johnny apartándole un mechón de pelo de la cara y metiéndoselo en la boca–. Lo que no sé es si tú estás lista para ir allí.

Annie sintió como si le faltara aire.

Hipnotizada por aquellos ojos que la invitaban a explorar el universo secreto del alma de aquel hombre, no pudo decir que no.

Alargó el brazo y le tocó el pelo. Era tan espeso y suave como el terciopelo negro. Le acarició la nuca y oyó con deleite su gemido de placer.

Johnny la agarró del cuello y Annie emitió un sonido parecido a un grito de dolor. Sí, de dolor porque lo deseaba tanto que le dolía el cuerpo entero.

–Te equivocas –susurró mojándose los labios con la punta de la lengua–. Estoy completamente lista –le aclaró decidida a obtener lo que quería.

Johnny no necesitó más. Se inclinó sobre ella y le besó el cuello de una forma tan delicada que Annie creyó que le iba a tener que decir que parara.

Sintió toda la piel del cuerpo de gallina y comprendió que debía dejarse llevar por la parte sexual de su cerebro y no pensar.

–¿Estás segura? –le preguntó Johnny agarrándole la mano y poniéndosela en su entrepierna para que comprendiera la implicación de su sí.

Annie lo miró con los ojos muy abiertos.

Estaba claro que aquel hombre tenía más experiencia que ella.

De repente, temió no estar a la altura de las circunstancias, pero le dio igual porque lo único que ansiaba era unirse a él.

–Estoy segura –mintió cerrando los ojos y entregándose a un beso que habría de cambiar su vida.

# Capítulo Seis

Johnny la besó y Annie sintió como si se cayera por un precipicio. De hecho, tuvo que agarrarse con fuerza a su cuello por temor a caerse de verdad. Cuando la lengua de Johnny demandó paso con premura, Annie no opuso ninguna resistencia.

Muy al contrario, se empleó a fondo en besarlo con pasión y su recompensa fue un gemido de lo más masculino. Temblando entre sus brazos, se dio cuenta de que jamás la habían besado así ni había besado de aquella forma.

Le acarició la nuca con placer y se deleitó en las sensaciones que le producía tenerlo tan cerca sin pararse a pensar en las posibles consecuencias emocionales del acto en sí.

Cuando dejaron de besarse, Johnny estaba jadeando.

Se quedó mirándola como buscando a la profesora reservada y fría que había invitado a la feria. ¿Quién era aquella mujer apasionada?

Sorprendido por la intensidad de la química que había entre ellos, buscó las respuestas en sus ojos azules, que irradiaban deseo.

Annie comprendió que no había marcha atrás y se dio la enhorabuena por no arrancarle la ropa a Johnny allí mismo, frente a la ventana que daba a la calle.

Ante la enormidad del paso que iban a dar, Annie sintió escalofríos, pero se levantó, lo agarró de la mano y lo condujo a su dormitorio.

Para Johnny, entrar en su dormitorio fue como entrar en otro mundo.

La colcha de un amarillo intenso hacía juego con las cortinas que ondeaban al viento que entraba por una ventana entornada.

El cabecero, antiguo, brillaba bajo los últimos rayos de sol de la tarde. A su luz, el pelo rubio de Annie resplandecía y le daba un brillo especial a su rostro, casi angelical.

Johnny se miró en sus ojos y sintió cómo en su interior nacía algo. Fue como un pajarillo saliendo del cascarón. Lo identificó inmediatamente y sintió miedo. Era un sentimiento que había guardado bajo llave hacía tiempo y que no había querido recuperar nunca.

Querer a una mujer más allá de la cama era peligroso.

Abrir viejas heridas no era de su agrado y volver a sentir tanto dolor como la última vez lo atemorizaba.

De repente, se vio transportado en el tiempo. De nuevo de uniforme, se vio como aquel recluta que fue lejos de su país.

Lo único que lo mantenía en contacto con su hogar era una carta. La tuvo mucho tiempo en la mano antes de abrirla. No estaba preparado para las palabras de la novia que le había prometido casarse con él cuando terminara la guerra.

Se había enamorado de otro y esperaba que Johnny no se lo tomara demasiado mal.

Era una película que su mente proyectaba siempre que debía recordarse que no quería volver a hacer el tonto.

Qué ingenuo y desprotegido se había sentido tras leer aquella carta que empezaba con dos palabras infames: «Querido John…».

Aquellos recuerdos, aunque habían pasado años, casi lo hicieron salir corriendo del dormitorio de Annie para no romper la promesa que se había hecho aquel día: no volver a sentir su corazón vulnerable por otra mujer jamás.

Cuando Annie lo sorprendió llevando la iniciativa, todo pensamiento de huida quedó apartado de su mente.

Lo tumbó en la cama y comenzó a desnudarse para él. En cuanto se quitó la camisa y la lanzó por los aires, Johnny ya era su prisionero.

Se puso un almohadón bajo la cabeza y se preparó para el espectáculo de su vida. ¿Quién le iba a decir que la tímida profesora iba a resultar ser así? Su atrevimiento lo excitó tanto que creyó que iba a perder el control en cualquier momento.

Annie se bajó un tirante del sujetador hasta el codo y le hizo un mohín. Si no fuera porque la respuesta de Johnny fue una mirada cargada del deseo más brutal, seguramente se habría muerto de vergüenza y habría salido corriendo.

No sabía por qué, pero Johnny Lonebear sacaba la vampiresa

que llevaba dentro. La hacía sentirse la dueña de la situación, una mujer con una imperiosa carga sexual.

Momentos después, desfilaron el sujetador y los vaqueros. En un abrir y cerrar de ojos, se encontró en mitad de la habitación con solo unas braguitas sobre su cuerpo.

Y, enfrente, el hombre más sexy del mundo.

Su cándida admiración la hizo sentirse como a una diosa, así que no dudó en deshacerse de la última prenda y deslizarse a su lado en la cama.

–Te toca –susurró.

En menos de un minuto, Johnny estaba como Dios lo trajo al mundo, mostrándole a Annie sin pudor su portentosa erección. Se paró un momento a sacar algo del bolsillo del pantalón y se puso un preservativo.

«Menos mal», pensó Annie porque a ella, en la vorágine del momento, se le había olvidado aquel detalle.

Observó su piel bronceada bajo los rayos del atardecer y su cuerpo le recordó al de las estatuas clásicas. Parecía Marte, el dios de la guerra. Al igual que él, tenía el cuerpo marcado por varias heridas, recuerdo del campo de batalla.

Lucía una cicatriz en la clavícula que parecía una puñalada. Estaba peligrosamente cerca de la yugular y Annie supuso que podría haberle costado la vida. Había otra en la tripa que parecía el orificio de entrada de una bala.

Annie se preguntó cómo lo habrían herido y se sorprendió sintiendo que se le nublaba la vista por las lágrimas.

Johnny se tumbó a su lado y Annie le abrió los brazos y el corazón.

Le besó la cicatriz de la clavícula con cariño en reconocimiento del sacrificio que había hecho por su país y en nombre de aquella maravillosa tarde de sábado repleta de danzas, charla y comida que iban a culminar haciendo el amor como dos adultos que disfrutan de su libertad para hacerlo.

Johnny se estremeció ante su beso, como si no le gustara recordar sus heridas. La abrazó y la colocó encima de él. La sensación que le producía sentir su piel desnuda era como estar en el paraíso.

En cuanto sus labios se rozaron, el control que ambos habían

conseguido mantener durante el resto del día estalló por los aires.

La urgencia con la que hicieron el amor desafió todos los límites de la lógica. Su hambre era insaciable. Johnny sabía a chocolate y Annie, a algodón dulce.

Johnny le acarició los pechos y se deleitó en su volumen y rotundidad. Con la misma devoción le acarició el resto del cuerpo, apreciando sus curvas y recovecos.

Le levantó las caderas y la colocó sobre su erección. Annie se estremeció de placer y acomodó al invitado dentro de su cuerpo.

–Dios, ¿sabes cómo me pones? –jadeó Johnny.

–Creo que sí –susurró ella.

Johnny la besó con fiereza y Annie se sintió como si estuviera al borde de un precipicio. Se agarró a él mientras Johnny gritaba su nombre, que se le antojó como una canción que acariciara el viento.

Annie se dejó ir de verdad por primera vez en su vida y alcanzó el orgasmo junto a él. Al hacerlo, fue como si ambos abandonaran el mundo normal y se colocaran en un plano elevado y sublime tras haber creado un cataclismo en el cosmos.

Unas horas más tarde, Annie se despertó en una maraña de piernas, brazos, sábanas y… sentimientos.

Abrió los ojos y tardó un segundo en recordar qué hacía en la cama a aquella hora. El agradable dolor que sentía en la entrepierna le dio la respuesta y le recordó que había conocido el mejor sexo del mundo y que no se arrepentía de ello.

Observó el maravilloso cuerpo que tenía a su lado y sonrió.

Johnny ya estaba despierto, mirándola como si fuera un enemigo y no la mujer más sensual que había visto jamás.

–Hola –murmuró Annie.

–Hola –contestó Johnny encandilado como si acabara de oír el canto de una sirena.

Sorprendida por su estado de ánimo, Annie le acarició los labios con el dedo índice e intentó tornar en sonrisa su mueca de preocupación, pero Johnny se apartó.

Anonadada, intentó abrazarlo, pero Johnny volvió a apartarse con frialdad.

–¿Pasa algo?

«Que te quiero abrazar, que te quiero besar, que contigo me siento feliz y que no me fío de mis sentimientos», pensó Johnny.

–Pasa todo. Ha sido un error todo esto –contestó sin embargo.

–Ah –acertó a contestar Annie en un hilo de voz.

De todas las cicatrices, había olvidado una, la peor. Obviamente, la que Johnny llevaba en el corazón.

–No te preocupes –le dijo con una seguridad que no sentía–. No espero nada por lo que acaba de pasar. Soy una adulta y sé cuidar de mí misma. Si prefieres que hagamos como que no ha pasado nada, por mí está bien. Esto no tiene por qué afectar nuestra relación laboral, si es lo que te preocupa.

Johnny la miró con escepticismo, como si no la creyera. Lo que en realidad le estaba pasando era que no podía creerse que estuviera oyendo de labios de Annie aquellas palabras que su mente se empeñaba en querer oír y su corazón rechazaba.

–No me preocupa nada –apuntó.

«¿Nada? No, solo qué diría el consejo de dirección del colegio si se enterara de que me he acostado con una profesora o mi hermana si supiera que me he ido a la cama con el enemigo. Por no hablar del terror que me da volverme a enamorar de cualquier mujer y más de una que, claramente, no me conviene, una mujer que va a salir de mi vida tan rápidamente como entró, como un tornado».

Aunque estaba claro que a Annie le gustaba la reserva, Johnny creía que era prácticamente imposible que una mujer blanca de clase media y con educación eligiera aquel lugar como destino permanente.

«Mejor así», se dijo.

A él, una infancia pobre, la devastación de la guerra y el corazón roto no le dejaban muchas ganas de tener una relación de pareja.

–No pareces de esas mujeres que tienen aventuras secretas de verano –observó.

–No lo soy –se apresuró a contestar Annie.

Siendo una mujer que se había pasado los últimos seis años advirtiendo a las adolescentes sobre los peligros de mantener relaciones sexuales con desconocidos, ¿qué hacía allí tumbada desnuda junto a un hombre al que apenas conocía?

Lo cierto era que no se avergonzaba ni se arrepentía. El sexo con Johnny Lonebear era increíble y no lo decía porque llevara mucho

tiempo sin practicarlo sino porque realmente aquel encuentro había sido especial.

–¿Y ahora? –preguntó.

–A trabajar –contestó Johnny.

–¿Como amigos? –preguntó Annie dándose cuenta de lo difícil que iba a ser verlo todos los días en el colegio.

–Por supuesto que como amigos –contestó él–. ¿Cómo si no?

Johnny se apartó y Annie se dio cuenta de que no parecía en absoluto tan trastornado como ella ante la idea. Enfadada consigo misma, se recordó que los hombres solían comportarse como si tal cosa después de haberse acostado con alguien, no como las mujeres.

Decidida a no hacer el tonto, levantó el mentón y lo miró orgullosa.

De nuevo, había cometido el error de tener una aventura de una noche con un hombre. La diferencia había sido que, en esta ocasión, no la habían presionado y que, como adulta que era ya, estaba más preparada para el rechazo, no como la adolescente que había creído que la pérdida de la virginidad significaba una propuesta de matrimonio instantánea.

Fingió estar tan tranquila. No quería que Johnny creyera que lo iba a agobiar en el futuro.

Si los rumores que le había contado Jewell eran ciertos, aquel hombre tenía mucha práctica abandonando a las mujeres con las que se acostaba... y a los niños nacidos de aquellas relaciones esporádicas.

Sintió náuseas.

Para su tranquilidad, recordó que Johnny se había puesto un preservativo antes de acostarse con ella.

–Como amigos, por supuesto –repitió forzando una sonrisa–. A ver si te vas a creer que soy una fresca de la que vas a poder disponer siempre que quieras entre clase y clase.

–No me parece mala idea –sonrió Johnny de repente.

Annie, que hasta hacía un segundo estaba indignada, lo deseó de nuevo con todas sus fuerzas.

La idea de mantener relaciones sexuales entre clases en un entorno tan prohibido tenía unas connotaciones morbosas increíbles, pero no iba a admitirlo, así que le tiró una almohada.

–¡Eh! –exclamó él tirándole otra.

En un abrir y cerrar de ojos, el ambiente se aligeró y se encontraron metidos en una guerra de almohadas.

Annie se tiró al suelo desde la cama e intentó escapar, pero Johnny fue más rápido y la atrapó.

–Antes de volverte a penetrar, quiero hacerte una pregunta.

–Pregunta –dijo Annie sintiendo su potente erección.

–¿Qué es exactamente una fresca?

Annie le respondió con un puñetazo en el hombro y una carcajada que no solo llenó la habitación sino el corazón de Johnny.

El hecho de que hubiera utilizado una palabra tan diplomática para expresar su preocupación le había hecho gracia.

Johnny no estaba acostumbrado a aquel tipo de remilgos porque las mujeres indias no eran así y no sabía cómo asegurarle a Annie que era lo menos parecido a una fresca que había conocido.

Decidió que decirle lo apasionada y dulce que era en la cama no era una buena idea.

–Para que lo sepas, frescas he tenido ya muchas –sonrió–. Para variar, me gustaría estar con una mujer de verdad.

# Capítulo Siete

Aunque era el cumplido más extraño que Annie había recibido nunca, le hizo sentir ganas de cantar.

No le importaba que Johnny Lonebear no fuera un poeta porque lo cierto era que le costaba creer a los hombres que se pasaban la vida con palabras bonitas en la boca.

Lo último que quería era alguien a su lado con frases melosas y sutiles como las que le habían robado la virginidad y la dignidad.

La verdad era que la sinceridad de Johnny y su estilo directo le resultaban realmente de agradecer.

A pesar de su retórica feminista, no quería que aquel hombre la tomara por una fresca, así que el hecho de que la considerara una mujer de verdad la llenó de placer.

Quizás fuera porque, a pesar de que había sido consejera sentimental, no se sentía segura de sí misma en aquel aspecto de su vida.

Seguía echándose en cara lo mal que había elegido de adolescente. Aquellos recuerdos la perseguían.

El hecho de que Johnny quisiera tener con ella una relación de verdad, aunque breve porque solo había ido para el verano, la llenaba de satisfacción y la hacía alegrarse de haberse acostado con él.

Por supuesto, eso no quería decir que fuera a creer que su relación iba a ser algo más de lo que él ofrecía.

Estaba claro que ninguno de los dos quería un compromiso de por vida.

Las cicatrices de Johnny eran más visibles que las suyas, pero eso no quería decir que Annie no las tuviera.

Además, no quería poner en peligro la estupenda relación que tenía con la sobrina de Johnny ni la de Johnny con su familia.

Obviamente, lo mejor sería dejar las cosas tal y como estaban, ahora que todavía seguían siendo amigos.

Antes de que alguien saliera mal parado.

Por desgracia, Annie temía que ya fuera demasiado tarde.

Aunque desde fuera pudiera parecer lo contrario, no se acostaba con cualquiera. Por supuesto, la química entre ellos era fortísima, pero lo cierto era que, si no hubiera habido algo más que el físico, podría haber controlado el deseo que sentía por Johnny.

El problema es que le gustaba de verdad.

Su encuentro había aliviado el dolor que la había llevado a perderse en Wyoming.

Las imágenes del pasado se le aparecían en la mente en los momentos más inoportunos. Un bebé en brazos de su madre, una adolescente embarazada, risas y burlas…

Annie cerró los ojos con fuerza.

Hasta entonces, lo único que le había hecho apartar aquellas imágenes de su cabeza habían sido los labios de Johnny. Se sentía a salvo en sus brazos.

Rezó para que se le contagiara algo de su fuerza, para salir de su relación como una persona nueva que supiera cuál era su lugar en el mundo.

Johnny le besó los párpados y la devolvió al presente con una ternura que le hizo sentir ganas de llorar.

–¿He dicho algo que no debería haber dicho? ¿He hecho algo malo? –preguntó Johnny al ver aparecer lágrimas en sus ojos.

–No –le aseguró Annie–. Lo único malo que estás haciendo es tenerme aquí entre tu cuerpo y el suelo y no hacer nada para aprovecharte de la situación –sonrió.

–¿Ah, sí? ¿Es eso? –dijo Johnny enarcando una ceja y mirándola con deseo.

Annie arqueó la espalda para sentirlo dentro y dijo su nombre varias veces, como poseída por una oración.

Johnny la abrazó con fuerza y la volvió a hacer suya. Aunque aparentemente habían quedado saciados la primera vez, se embarcaron en otra unión vibrante y brutal.

Y, aquella vez, incluso prescindieron de la cama.

Trabajar juntos resultó mucho menos incómodo de lo que Annie había imaginado.

Jewell le había asegurado que Johnny Lonebear era un

profesional en toda regla que se tomaba su trabajo muy en serio y en los días siguientes le demostró que, efectivamente, así era.

Normalmente, no se solían encontrar mucho, pero Johnny se pasaba todos los días una vez por su clase para saludarla.

Aquellos encuentros no tenían nada que ver con la primera vez que Johnny había aparecido en su clase y la había puesto en evidencia delante de sus alumnos.

Los niños parecían apreciar realmente sus visitas ya que era un referente en sus vidas. Muchos le mostraban orgullosos sus avances al héroe local y Johnny mostraba un genuino interés por todos y cada uno de ellos.

–Ya le dije que, cuando lo conoces, es un gran osito de peluche –le recordó Crimson Dawn.

Annie sonrió y se volvió a decir por enésima vez que aquella chiquilla tenía un talento para el arte fuera de lo normal.

Pronto no iba a necesitar que nadie se lo dijera, lo iba a ver por ella misma e iba a reclamar las oportunidades que se merecía. Annie esperaba estar muy lejos de allí para entonces porque no quería vérselas con su madre.

Obviamente, su progenitora iba a buscar culpables por el hecho de que su hija se quisiera ir de la reserva donde había crecido y, evidentemente, ella, la profesora blanca, tenía más posibilidades que nadie de que Ester la culpara.

Sin embargo, y en contradicción con ese deseo de encontrarse lejos de allí cuando llegara ese momento, se había sorprendido a sí misma queriendo que su trabajo en Dream Catchers fuera un poco más largo de lo que había firmado.

Le apenaba dejar atrás a muchas personas con las que se había encariñado en tan poco tiempo. Qué maravillosa recompensa sería ver crecer a sus alumnos y convertirse en una parte de sus vidas.

Qué intrigante pensar en convertirse en parte de la vida de Johnny también y no ser una aventura de verano que olvidaría en cuanto llegara el uno de septiembre y se hubiera ido.

Annie, que se había pasado casi diez años subyugando sus necesidades físicas al intelecto, no podía explicarse cómo sentía aquel deseo insaciable por un hombre que, obviamente, no le convenía en absoluto.

A pesar de su negación ante la idea, se encontró deseando que

Johnny la sedujera entre clase y clase. Siempre que pensaba en hacer el amor con él, su cuerpo la traicionaba y el corazón le latía aceleradamente.

Annie no recordaba haberse sonrojado más en su vida que en aquellos días.

Se encontró deseando que llegara el momento de la visita diaria de Johnny a su clase con tanto énfasis que temió ponerse en evidencia y que todo el mundo se diera cuenta de lo que tenían.

Llevaban un mes viéndose siempre que podían, por la mañana, por la tarde y por la noche.

No paraba de pensar en él y le costaba concentrarse en su trabajo. Incluso llegó a temer que no le diera tiempo a terminar el mosaico que quería regalar al colegio.

Cuando se le ocurrió que, tal vez, lo estaba haciendo adrede para prolongar su estancia, se dijo que aquello era imposible y se recordó que, en cuanto estuviera terminado, su presencia allí habría tocado a su fin.

Por desgracia, no tenía ni idea de lo que iba a hacer en el futuro. Lo único que sabía era que se estaba empezando a curar de verdad y a olvidar el pasado.

Aquellos parajes salvajes y el cariño de la gente que los habitaba eran el bálsamo perfecto para un corazón que estaba aprendiendo a confiar de nuevo.

Fascinada por la espiritualidad de la cultura india que la rodeaba, le estaba muy agradecida a Johnny por compartir con ella su herencia y a los demás por aceptarla sin rencor.

Como buena profesora que era, Annie era una mujer muy curiosa, siempre con ganas de aprender. En una ocasión, le preguntó a Johnny qué lugar ocupaba la religión católica en su pueblo y él se ofreció a llevarla a la misión cristiana a cambio de que preparara un buen picnic para los dos.

Annie aceptó encantada y preparó pollo frito, ensalada de patatas, bollos de pan, galletas de chocolate y una botella de vino. Además, se llevó una cámara de fotos para captar imágenes de aquel sitio que le llamaba tanto la atención.

Hacía mucho tiempo que no se sentía tan feliz y quería tener recuerdos de aquellos momentos, así que compró varios carretes.

No paraba de recordarse que Johnny no le había hecho ninguna

promesa y, aunque su cabeza lo entendía perfectamente, temía que su corazón opinara de diferente manera o se hubiera quedado sordo.

Johnny llegó a recogerla mientras ella estaba ordenando la clase. Los niños ya se habían ido hacía tiempo y estaba sola.

–¿Estás lista? –le preguntó.

Annie estuvo a punto de correr a sus brazos, pero se contuvo.

–Casi –consiguió contestar girándose y mirándolo con mal disimulado deseo.

La mirada de Annie estuvo a punto de hacer que se cayera de espaldas.

Johnny era un soltero empedernido, pero se encontró preguntándose cómo le haría sentir encontrarse con aquella sonrisa todas las mañanas.

¿De dónde había salido esa imagen de unos cuantos niños dándole los buenos días entre risas?

Sintió un profundo aguijón en el pecho que le dolió más que el trozo de metralla que todavía tenía alojado en la espalda.

Le dolió casi tanto como el sentimiento de culpa que lo despertaba muchas noches. Una y otra vez, se veía arriesgando la vida por su compañero, que murió por fuego amigo, y no llegando a salvarlo.

Se decía que los ex combatientes eran malos maridos y peores padres para intentar olvidar el deseo de tener una familia que Annie había revivido en él. Lo había encerrado bajo llave tras leer la carta de «Querido John».

Desde entonces, no se veía capaz de tener mujer e hijos porque temía fallarles como había fallado a su compañero cuando más lo había necesitado.

Cuando los ancianos se habían dirigido a él después de la guerra para hablarle del proyecto de Dream Catchers, había visto la oportunidad de poner su granito de arena para mejorar el mundo.

¿Qué mejor batalla podía librar que intentar que los jóvenes de su pueblo se sintieran orgullosos de la cultura que él adoraba y no la olvidaran?

Por eso, se había convertido en el padre de toda una generación.

No podía evitar sentirse emocionado ante las muestras de gratitud que le dispensaban niños y adultos. Además, muchos de los niños con los que trabajaba habían sido abandonados por sus padres biológicos.

Johnny no sentía mucho respeto por aquellos padres. Él había perdido a los suyos a una edad muy temprana y sabía de primera mano lo que era criarse sin su amor. No lo decía porque su abuela no hubiera puesto toda su buena voluntad en educarlos. Claro que lo había hecho, pero Johnny estaba seguro de que los niños necesitaban a sus padres como modelos.

De repente, se imaginó enseñando a su hijo lo que era la compasión y la solidaridad y a su hija todo lo que el mundo le ofrecía. Entonces, admiró a Annie por animar a Crimson Dawn a perseguir su sueño y hacerlo realidad.

Aquello, en lugar de tranquilizarlo, le producía más dolor todavía porque se veía formando una familia con ella y sabía que no podía ser.

Estaba seguro de que sería tan buena madre como profesora. Buena, amable y alentadora.

¿Cómo no se iba a sentir su sobrina atraída por ella?

Sabía que su hermana era el único miembro de la tribu que no veía con buenos ojos las parejas interraciales. Mientras su relación con Annie no pasara del verano, nadie le diría nada. No se le ocurría nadie que tuviera ganas de que lo matara por un comentario desafortunado al respecto.

El picnic resultó tan divertido como educativo.

Johnny puso una manta sobre el césped del terreno donde de joven había demostrado sus excelentes dotes como futbolista.

El lugar estaba rodeado de álamos y, a la sombra de uno de ellos, le contó a Annie historias, mitad verdad mitad leyenda, de su infancia.

–Sin mí, no habrían ganado ni un solo partido –fanfarroneó haciéndola reír–. Lo digo en serio. ¿Nadie te ha contado que, gracias a mí, disputamos la final del campeonato federal? Corría tanto que nadie podía alcanzarme –le aseguró–. Por cierto, sigo siendo igual de rápido.

–¿Me estás desafiando? –bromeó Annie.

Le encantaban su sentido del humor y sus historias. Johnny era una fuente de anécdotas inagotable. Era mejor que leer libros sobre la vida de los indios. Era información de primera mano.

–Recuerdo que la hermana Margaret Eleanor llevaba una peluca pelirroja y una vez me dijo que, por mi culpa, el pelo se le había vuelto cano en un semestre. Me sentí muy aliviado porque todos creíamos que era calva.

Annie se rio a carcajadas. No le costaba mucho imaginárselo de adolescente, rebelde y contestón.

Como lo vio muy relajado, intentó que se abriera a ella aquel día para así, poco a poco, ir componiendo el mosaico de su personalidad.

–Me da la impresión de que debías de saltarte algo más que las reglas del colegio –le dijo.

–Sí, unas cuantas chicas se quedaron sin ella por mi culpa –bromeó Johnny.

Annie lo miró con la boca abierta.

–Creía que esas historias no eran ciertas –comentó.

Johnny se arrepintió de haberle tomado el pelo.

–Perdona, siempre he sido así. Tengo un sentido del humor algo bestia –se disculpó–. Por otra parte, eres tan fácil de engañar que me resulta irresistible no hacerlo, ¿sabes?

–Sí, lo sé –murmuró Annie con la cabeza llena de recuerdos desagradables de repente.

Sintió náuseas y, aunque intentó comer y beber algo, apenas pudo hacerlo.

Johnny enarcó una ceja, pero Annie no le contó nada. Hacía un día precioso y no quería estropearlo poniéndose melancólica.

Annie se tumbó boca arriba y se quedó mirando las nubes, que parecían jirones de algodón blanco. ¿Cuándo había sido la última vez que había hecho algo tan maravilloso?

–Esa de ahí parece un búfalo –apuntó Johnny señalando una.

Annie le preguntó qué veía en otra cercana, pero, en lugar de contestar, Johnny se inclinó y la besó con ternura. A partir de entonces, ya no pudo pensar en nada más que en él.

Sentía la tierra moverse bajo ella como si, de verdad, hubiera una manada de búfalos cerca y, de repente, se le antojó que el

mundo giraba más deprisa de lo normal.

Cerró los ojos y se dejó llevar. Johnny sabía a pollo, vino y promesas. Qué fácil sería emborracharse en una combinación tan interesante.

–A la hermana Margaret Eleanor no le gustaría nada esta demostración de afecto en público –dijo Johnny observando su reacción–. Sin embargo, creo que tú sí que le ibas a gustar –añadió con dulzura.

Annie sonrió.

Se sentía decepcionada y aliviada a la vez de que el beso no hubiera llegado a mayores.

–¿Tú crees? –le preguntó encantada con el extraño cumplido.

Le gustó pensar en que alguien que había criado a Johnny les diera su visto bueno. Le hacía sentirse bien.

Annie tomó aire y se dio cuenta de que Johnny se había puesto colonia. Sin duda, lo había hecho por ella.

–Supongo que deberían canonizarla por haberme aguantado –dijo Johnny sinceramente.

Terminaron el picnic, que a Annie le había recordado los que hacía con su familia en el lago Michigan. Allí, sin embargo, no había mosquitos, turistas, atascos ni colas para comprar las bebidas. Solo estaban Johnny y ella, la tierra y el cielo y la naturaleza.

Annie se preguntó si no se habría equivocado animando a Crimson Dawn a abandonar un lugar tan idílico.

Pensó en decírselo a Johnny, pero no quería que se pusiera de mal humor.

Recogieron todo y pusieron rumbo a la misión. El primer edificio que vieron estaba medio derruido y Johnny le contó que decían que estaba encantado.

El convento tenía más de cien años y era uno de las edificaciones más antiguas de la reserva.

–No creo en los fantasmas –anunció Annie.

–Como la mayoría de los blancos –contestó Johnny–. Puede que sea porque se os da mejor no escuchar a las voces del pasado que a nosotros. Aunque la gente que trabajaba aquí venía con buenas intenciones, te mentiría si te dijera que no se han cometido atrocidades en nombre de la religión. ¿Te imaginas a un niño pequeño obligado a dejar a su familia y a olvidarse de su nombre

indio para convertirse en un Shakespeare o en un Smith de la reserva? ¿Creían que transformando a los niños y cortándoles el pelo les iban a cambiar de raza? Además, el gobierno creó la reserva para tener a los sucios indios lejos de los blancos respetables.

Annie, fascinada e incómoda por el rumbo que había tomado la conversación, no dijo mucho mientras Johnny le enseñaba el lugar.

Después del primer edificio se dirigieron a la inmaculada capilla. Sentía de corazón los errores cometidos en el pasado, pero esperaba que Johnny no la tomara por una de aquellas personas sobre las que hablaba con tanta amargura.

–Cree lo que quieras, pero mucha gente a la que quiero y respeto me ha contado que han oído gemidos y ruidos de balones en la cancha de baloncesto cuando no había nadie, que han sentido corrientes frías pasarles al lado y que han visto metales retorcidos como ningún ser humano hubiera podido retorcerlos.

Annie se estremeció de pies a cabeza. A pesar de que no creía en los fantasmas Johnny le estaba metiendo miedo en el cuerpo.

–Estás intentando asustarme –lo acusó.

–Solo intentando que respetes a los muertos –contestó Johnny–. ¿Te has fijado alguna vez en las casas de la reserva que tiene ventanas tapadas?

Annie asintió.

–Hay indios que se niegan a vivir en una casa donde se haya muerto alguien.

Johnny había tapado las ventanas de la casa de su abuela cuando ella había muerto para que su espíritu reposara en paz.

Además la casa no estaba habitable. Se preguntó qué pensaría Annie si viera el agujero en el que había crecido.

Había visto una foto de ella en su casa, una casa de verdad. Aquello le hizo pensar que sus mundos eran completamente diferentes.

Se pararon ante la estatua de un santo indio llamado Kateri Tekewitha que se encargaba de cuidar el cementerio.

Al subir los primeros escalones de la iglesia Annie sintió una inmensa sensación de paz. El edificio, completamente blanco, era precioso y refulgía bajo el sol.

Annie se fijó en que en el campanario había un diseño rojo y

amarillo que le cautivó. Johnny, convertido de nuevo en el impío adolescente que debía de haber sido, no dudó en agarrar la cuerda y hacer sonar las campanas.

–Todavía recuerdo cuando era tan pequeño que salía volando detrás de la cuerda –sonrió.

El interior del pequeño edificio dejó a Annie sin palabras. Era una increíble mezcla de la cultura cristiana y la india.

En el lugar del retablo había una impresionante imagen de la Virgen María con la bola del mundo en las manos. El efecto era impresionante.

Un inmenso tambor hacía las veces de altar y detrás de él había un Cristo crucificado de madera de cuyas palmas colgaban varias plumas.

Todo el lugar estaba imbuido de serenidad. Miró a Johnny y le estrechó la mano sinceramente agradecida por haberla llevado allí.

–No creo que a la hermana Margaret Eleanor le gustara lo que voy a hacer –dijo Johnny besándola en el mismo lugar en el que sus padres se habían casado treinta años antes–, pero no creo que a Dios le importe.

# Capítulo Ocho

Al sentir los labios de Johnny Annie se estremeció y un escalofrío le recorrió la espalda. Aquello era como tirarse de un avión sin paracaídas.

Caída libre hacia el amor…

¡Amor loco, apasionado y vibrante!

Al darse cuenta de que se estaba enamorando de él, tuvo que agarrarse con fuerza a su cuello porque las rodillas le flaqueaban.

Por propia experiencia sabía que no era inteligente entregarse a un hombre con tanta facilidad, pero Johnny había entrado en su vida como un huracán y la cautela y el sentido común se habían evaporado.

Le había entregado su cuerpo y su corazón.

¡Qué vértigo!

Se dejó llevar por la pasión del momento y lo besó con fruición. En ese instante, alguien carraspeó a sus espaldas.

Annie dio un respingo y Johnny sonrió.

–¿Han venido a fijar la fecha de la boda? –les preguntó un joven sacerdote.

Aunque fuera una locura, Annie deseó que efectivamente fueran la pareja que estaba planeando su boda para anunciar al mundo su amor.

Johnny se rio ante la pregunta haciéndola sonrojar y sentirse la mar de avergonzada porque un cura les hubiera sorprendido besándose.

Intentó no enfadarse con Johnny por haberse reído. Por supuesto, casarse con una persona apenas conocida era ridículo, sobre todo en el caso de un hombre que, como Johnny, no escondía su aversión hacia la institución matrimonial.

Lo que realmente sorprendió a Annie era que, a pesar de que llevaba muy poco tiempo con él, creía conocer a Johnny Lonebear mejor que él mismo.

Sabía con certeza que era un buen hombre, que tenía sentido del

humor y era sensible. Sabía que era un hombre dedicado en cuerpo y alma a los demás, que se sentía obligado a servir de modelo a una generación entera y que por alguna misteriosa razón no estaba dispuesto a compartir su vida con una mujer.

Con ninguna.

Johnny no podía entender por qué Annie tenía aquella cara de pena.

Se había reído ante la idea del sacerdote de que estaban allí para casarse para no ponerla en un aprieto. En lugar de agradecerle que la hubiera librado de tener que dar una explicación embarazosa, lo estaba mirando con disgusto.

Johnny no creía que fuera religiosa. Él tampoco lo era. Desde su punto de vista, daba igual los rosarios que rezara como penitencia. Nada podría devolver la vida al amigo que perdió la vida en el campo de batalla por su culpa.

Lo único que le había parecido una buena solución había sido dejar el ejército y dedicarse a que los jóvenes de la reserva tuvieran futuro, tuvieran la posibilidad de estudiar y de no verse condenados a la pobreza, el miedo, las balas o las bombas.

Recordó a Michael, entre sus brazos, agonizando en un charco de sangre, y se sintió morir.

–Vámonos –dijo bruscamente agarrando a Annie de la mano y sacándola de la iglesia.

Una vez fuera, se encontraron con una joven pareja que llegaba en aquel momento. Obviamente, la que iba a hablar con el sacerdote para casarse.

–Vaya, Henry, así que Roberta te ha convencido por fin, ¿eh? –lo saludó Johnny.

–Sí, tengo un buen trabajo y una buena mujer –contestó el chico–. Gracias por haberme hecho estudiar, gracias por haberme obligado a volver a Dream Catchers todas las veces que dije que no lo iba a hacer.

Annie sonrió emocionada y sintió celos al ver lo enamorados que estaban los jóvenes. Eran los dos de estatura similar, piel oscura y pelo negro. Obviamente, sus hijos no iban a tener problemas de identidad racial.

El trayecto de vuelta a casa transcurrió en silencio. Annie se preguntó si debía decirle a Johnny que estaba enamorada de él. La única vez que lo había hecho en su vida, a la tierna edad de diecisiete años, el receptor de su amor había desaparecido como alma que lleva el diablo.

Poco le había importado que estuviera embarazada de él. El hecho de haber perdido el bebé no hacía menos dolorosa la traición de su padre. Por eso, había decidido no volver a confiar jamás en un hombre.

A veces, se despertaba en mitad de la noche y le parecía oír los gritos de un niño que llamaba a su madre. A pesar de que todo el mundo le había asegurado que había sido una suerte que lo hubiera perdido antes de que se le notara el embarazo, Annie no había superado nunca la pérdida.

A pesar de lo que le habían dicho sus amigas, jamás había creído que un aborto natural fuera el mejor regalo que le podía haber hecho Dios.

–Me parece que al final voy a tener que darte la razón por cerrar la casa con llave –comentó Johnny cuando llegaron–. Parece ser que tienes visita.

Concentrada en sus pensamientos, se le había pasado el tiempo volando. Se fijó y vio que, efectivamente, había alguien esperándola con una maleta.

–Será un vendedor ambulante –comentó.

–No creo –comentó Johnny.

–¡Crimson Dawn! –exclamó Annie bajando del coche–. ¿Qué haces aquí?

La adolescente, todavía llorosa y cubierta de polvo, corrió a sus brazos.

–¡Me he ido de casa para venir a vivir con usted!

Diez minutos después, estaban los tres sentados en el salón tomando una limonada mientras Crimson Dawn les contaba su versión de la terrible disputa que había tenido como consecuencia su huida.

Aunque Annie la escuchaba aparentemente calmada, estaba nerviosísima. Se había ido de Chicago, precisamente, huyendo de

aquellos complicados asuntos personales. Ella solo quería reconstruir su vida, pero debido a su compasión y solidaridad para con los más desfavorecidos y los más necesitados siempre acababan acudiendo a ella.

–No me importa lo que me digáis… No pienso volver a casa –dijo la adolescente mirando a su tío en actitud desafiante–. ¡Usted es la única que me entiende, señorita Wainwright! Mi madre me trata como a una niña pequeña y el resto de la familia le tiene miedo y no se quiere enfrentar a ella.

Johnny no iba a discutir aquel punto, pero se sintió en la obligación de defender a su hermana.

–Antes de seguir hablando, la voy a llamar para decirle dónde estás –anunció–. Debe de estar muy preocupada. Si viene a buscarte en su caballo de guerra, no respondo de la seguridad de nadie.

A pesar de las protestas de Crimson, Annie le pasó el teléfono. Mientras marcaba, Johnny observó cómo ella se hacía cargo de la situación de una manera completamente natural.

Obviamente, no era la primera vez que Annie se hacía cargo de un adolescente furioso. Se las vio con el ego destrozado de su sobrina con el mismo esmero con el que trataba las delicadas piezas de vidrio con las que trabajaba.

Johnny pensó que sería una consejera maravillosa.

–Si es por el dinero, dile a tu madre que te puedo dar información sobre ciertas becas muy buenas –le dijo para tranquilizarla.

–El dinero no es el único problema –intervino Johnny pensando en las aspectos culturales a los que debía enfrentarse cualquier adolescente que se fuera de la reserva solo.

A los que les iba bien los demás los tildaban de traidores y no solían volver porque se sentían incómodos. Los que les iba mal, que solían ser muchos, volvían amargados y llenos de rencor.

Había un tercer grupo, que no era capaz de aguantar la mezcla de las dos culturas y se daban a las drogas. Aquellos volvían en ataúd.

Unir los dos pueblos era realmente difícil y Johnny lo sabía por experiencia. Había momentos en los que él mismo creía que no iba a poder soportarlo.

Aunque a Crimson no le hizo ninguna gracia que Annie le dijera

que tenía que respetar a sus mayores y arreglar sus diferencias con educación, la escuchó.

Finalmente, accedió a volver a casa tras hacerle prometer a su tío que se quedaría hasta que la situación con su madre se hubiera arreglado.

–Me encantaría que te quedaras a vivir conmigo, pero no podemos ignorar a tu madre –dijo Annie acompañándola a la puerta–. Eres menor de edad y debes, por ley, vivir con tus progenitores a no ser que te den permiso para vivir en otro sitio –añadió abrazándola con cariño–. Claro que eso no quiere decir que los demás te puedan decir lo que debes hacer con tu vida. Tu vida es tuya y solo tuya –le recordó–. Aun así, tu madre es tu madre y solo tienes una. Le debes un respeto.

Mientras metía la maleta de su sobrina en el coche, Johnny la miró impresionado. No sabía mucho de ella y, de repente, aquello lo molestó. Era extraño porque él solía preferir mantener sus relaciones con las mujeres en un nivel poco complicado.

Y, hablando de mujeres complicadas, tenía tantas ganas de ver a su hermana como su hija. Aunque la quería mucho, Ester era demasiado rígida y, la verdad, no le extrañaba que Crimson se hubiera enfadado.

La pobre Annie iba a ser la que peor saliera en todo aquello porque estaba claro que Ester le iba a echar la culpa de todo. Cuando hubiera terminado con Crimson, le iba a tocar a él.

Le parecía estar ya escuchando a su hermana y el sermón sobre su irresponsabilidad por frecuentar a una blanca que estaba poniendo en peligro la integridad de su familia.

No creía que a Ester le fuera a hacer mucha gracia que la defendiera, pero no estaba dispuesto a permitir que la insultara sin decir nada.

Por lo que él había visto, el único delito de Annie era preocuparse por los demás más que por sí misma.

Cuando Johnny volvió dos horas más tarde, Annie estaba en la cama, pero seguía despierta.

Como dio por hecho que iba a volver para contarle qué tal había ido con su hermana, dejó la luz del porche encendida y la puerta

abierta.

Se sentó en el borde de su cama y, muy cansado, la agarró de la mano y le hizo un resumen.

–Están en una lucha de titanes y no se dan cuenta de que ninguna de las dos va a ganar –le dijo–, pero, por lo menos, han accedido a vivir bajo el mismo techo hasta que Crimson se gradúe en mayo.

Annie suspiró aliviada. Aunque no le habría importado que la niña se hubiera ido a vivir con ella, sabía que no era lo correcto.

Ya había cometido una vez el error con otra adolescente y, aunque le costara un gran esfuerzo, no iba a volver a tropezar dos veces con la misma piedra.

–Ven a la cama –le dijo echando a un lado las sábanas y mostrándole su desnudez.

Mientras lo esperaba, se había dado cuenta de que lo que sentía por él era imparable. Aunque su corazón sabía que no iba a durar mucho, no se resignaba a dejar de desearlo. Más bien, al contrario.

Al ver que no se desnudaba para hacer el amor con ella, Annie se dio cuenta de que ocurría algo.

–¿Qué te pasa? –le preguntó incorporándose.

–¿Por qué no me has contado que ya habías hecho esto antes?

–¿A qué te refieres?

Johnny no se molestó en contestar. Ambos sabían perfectamente a lo que se refería.

Annie intentó besarlo y poner punto final a aquella conversación, pero Johnny no estaba por la labor.

–¿Por qué una persona de tus conocimientos se empeña en esconderlos? –le preguntó apartándose–. ¿Qué es lo que te da tanta vergüenza que no lo quieres compartir conmigo?

–No me da vergüenza nada… excepto mi estupidez –contesto Annie tapándose hasta la barbilla.

Johnny se volvió a sentar en la cama y la abrazó con fuerza. Aunque sentía mucho ponerla en un compromiso, quería saber más de su pasado.

–Cuéntamelo –la instó.

–Érase una vez –comenzó Annie en un tono de voz monótono–… No hace mucho tiempo, era consejera en una colegio de Chicago. Un día, ocurrió algo terrible y decidí tomarme un año sabático y

dejar atrás aquella parte de mi vida. Fin.

Johnny la miró con una ceja enarcada.

–¿Tiene algo que ver con el bebé de la fotografía?

Al sentir que Annie se tensaba, Johnny supo que había dado en el blanco. Le acarició el pelo para infundirle confianza y le susurró palabras de ánimo al oído.

–Había una niña de la edad de Crimson que tenía un bebé, era madre soltera y no podía con todo. Un día, completamente fuera de sí, entró en mi despacho, me dio a su hija y me dijo que cuidara de ella. No me dio tiempo ni a tranquilizarla porque salió del colegio y desapareció.

–¿Y tú te quedaste con la niña?

–Solo después de contactar con las autoridades pertinentes y de hacer todo lo posible para localizar a la madre… Me nombraron madre de acogida y comenzaron los papeles de adopción.

–Así que te encariñaste con ella…

–Como si fuera mía. Se llamaba Laurel y era el bebé más bonito del mundo. Oh, Johnny, si hubieras visto lo bonita que era.

Annie tuvo que dejar de hablar porque los sollozos se lo impedían.

–Los tiroteos y las guerras entre bandas a las que estaba acostumbrada no fueron nada comparado con lo que sentí cuando la madre volvió como nueva de su viaje en coche por el país y decidió que quería que le devolviera a Laurel –continuó con una pena inconmensurable.

Johnny la abrazó con fuerza. No estaba preparado para oír algo tan cruel y doloroso. Ahora entendía por qué no quería meterse en la vida de Crimson.

Sintió cómo las lágrimas de Annie le traspasaban la camisa y le llegaban al corazón. Se arrepintió de haberla forzado a recordar aquello que le producía tanto desazón, pero así también había conocido una parte importante de su vida y de ella y se explicaba en cierta medida por qué la quería tanto.

Se sintió mal por no decírselo y por no contarle sus secretos. Le besó la cabeza y sintió cómo se estremecía todo su cuerpo.

–No sabes las cosas tan terribles que me dijo, los insultos tan inhumanos que me gritó… ladrona de bebés, solterona amargada, frustrada…

Annie sintió que no le llegaba el aire a los pulmones, pero continuó.

–Me dijo que, si quería tener un hijo, en lugar de robarle la suya, lo que tenía que hacer era salir de copas, si el cuerpo me lo permitía todavía, y rezar para encontrar a un hombre que se quisiera acostar conmigo.

Johnny apretó los puños y se sintió impotente. ¡Si hubiera podido ponerle la mano encima a aquel monstruo! Y, hablando de monstruos, recordó las primeras palabras que dirigió a Annie diciéndole que no se metiera en la vida de sus alumnos.

Deseó cortarse la lengua y presentársela en bandeja de plata como penitencia.

–A veces, la gente dice cosas crueles que no siente –dijo sinceramente–. Probablemente, esa chica te dijo todo eso porque estaba avergonzada de lo que había hecho y se puso nerviosa. Tendría miedo de que los tribunales le quitaran la custodia por no ser buena madre.

–Pero no lo hicieron –gritó Annie con amargura golpeándole el pecho al recordar aquellos frustrantes momentos–. Como era la madre biológica, yo no tenía ningún tipo de derecho. No te puedes ni imaginar la agonía que es que te quiten a tu hija, que te arranquen el corazón. Después de aquello, no podía volver al colegio. No tenía nada que ofrecer a los alumnos. Me sentía vacía, humillada. Por eso, me fui y me vine aquí. Pensé que enseñar a hacer cosas bonitas con trozos de cristal me ayudaría a olvidar. Ya no podía aconsejar a nadie sobre su vida porque la mía estaba hecha trizas –sollozó.

–Shhh –susurró Johnny.

Sabía que Annie tenía don para ser consejera. Era muy difícil encontrar consejeros buenos y en aquellos momentos estaba en proceso de selección de uno para el nuevo curso que empezaba en otoño.

La idea de ofrecerle el puesto a Annie era atractiva en muchos aspectos. Si le gustaba el trabajo, incluso tal vez se quedara para siempre. Johnny no concebía la vida sin ella.

–Por lo que he visto con mi sobrina, eres una consejera maravillosa y, algún día, serás una madre maravillosa, de verdad.

En ese momento, se la imaginó rodeada de niños y a él

masajeándole los hombros mientras ella acunaba a un recién nacido moreno exactamente igual que él.

Se apresuró a apartar aquella imagen de su mente y a recordarse que él no sería marido y padre jamás. Además, ella se merecía algo mejor. En aquellos momentos, se sentía como si no le llegara ni a la suela del zapato.

Dado que se había prometido no recibir nunca más en su vida una carta tipo «Querido John», era importantísimo controlar sus sentimientos.

Aunque no le gustara admitirlo, lo cierto era que no había podido hacerlo desde la primera vez que la vio.

No sabía qué había dicho, pero Annie se había puesto a llorar todavía más.

–Estuve embarazada una vez, pero lo perdí –le explicó.

Apretó los ojos con fuerza al recordarlo. Ya había abierto su alma por el momento, así que se dejó caer contra su pecho y se calló.

Aunque se moría de curiosidad por saber qué había pasado con el padre de la criatura, Johnny entendió la indirecta y no preguntó. La abrazó y le besó las mejillas llenas de lágrimas.

–Ya tendrás más –le aseguró–. Lo que está claro es que la madre de Laurel se equivocaba porque tú te puedes acostar con el hombre que tú elijas y todas las noches que quieras.

Aquellas fueron las mejores palabras que Annie hubiera podido escuchar en aquellos momentos tan bajos.

Miró a aquel hombre que no la juzgaba por sus errores pasados y que la hacía sentirse una mujer preciosa y le dio las gracias por ello.

Sin embargo, temió que, si le decía que su embarazo fue producto de una aventura de una noche, le perdiera el respeto y la dejara al concluir el verano. Por eso, no dijo nada, lo abrazó y buscó sus labios.

Sabía a dulce redención.

Johnny se desnudó y se metió en la cama junto a Annie.

Jamás había sentido la necesidad de ser tan dulce con una mujer. Sentía a Annie tan frágil en sus brazos…

Ella, ante su dulzura, se derritió pensando que nunca habría imaginado que la sensibilidad de los poetas se pudiera sentir en el cuerpo. La ternura de Johnny la desmadejó y Annie se abrió a él en cuerpo y alma.

Con palabras y acciones lo urgió, sin embargo, a que no la tratara como a una muñeca que se pudiera romper sino como a una mujer fuerte.

Adrede, le marcó los hombros con las uñas, para dejar claro que era suyo. Al oír las palabras que le dijo al oído en su lengua, sintió que volaba.

Cuando Johnny entró en su cuerpo, el fuego se hizo insoportable. Tras haberle revelado su pasado, el regalo de su cuerpo era todavía más bonito por el sacrificio de haberse dejado juzgar por él.

Annie se dio cuenta de que no podía tratar a todos los hombres como al adolescente inexperto y asustado que la abandonó.

Johnny no tenía nada que ver con él, como demostraban sus innumerables cicatrices. Johnny era un hombre valiente y luchador.

Sus músculos la extasiaban. Poseer a un hombre así la hacía sentirse poderosa. Se sentía orgullosa de saberse deseada por un hombre tan fuerte y generoso.

El futuro y el pasado no existían, solo el presente, con una fuerza sobrehumana y pidiendo su sitio a gritos.

Pasara lo que pasara, Annie se dijo que jamás lo olvidaría ni se arrepentiría de ello.

Cuando Annie gritó su nombre, Johnny se sintió su salvador.

Como ella era su salvadora.

Al sentir su semilla dentro, Annie se alegró en silencio. Johnny se había dejado llevar por la emoción del momento y había olvidado el preservativo. La posibilidad de quedarse embarazada de él la llenaba de gozo.

Agotados física y psíquicamente, ambos cayeron abrazados en un sueño reparador y místico.

## Capítulo Nueve

Había niebla por todas partes y no se veía nada. Avanzando a ciegas, Johnny temió por la vida de sus compañeros. Sus gritos lo guiaban. De pronto, se encontró sobre una pila de cadáveres.

–¡Aquí!

–¡No, aquí!

–¡Aquí!

Voces procedentes de todas partes que lo llamaban con desesperación.

Johnny se tropezó y cayó sobre un charco de sangre y vísceras.

«Estoy en el infierno», pensó.

Se limpió la cara con la manga y, en ese momento, vio a Michael hecho un ovillo.

–Soy yo, estoy aquí –le dijo agarrando a su mejor amigo en brazos para sacarlo de allí–. Te voy a sacar de aquí, te lo prometo.

–Saca primero a los otros –le pidió Michael–. Yo no estoy tan mal –insistió perdiéndose en la niebla.

–¡Ayuda!

–¡Socorro!

Poco a poco, las voces de los fantasmas de la guerra se fueron alejando.

Era una pesadilla recurrente en la vida de Johnny. Debía agarrar a sus compañeros, uno por uno, y cruzar un inmenso campo de minas.

–¡Aquí!

–¡Me muero!

Veía brazos ensangrentados por todas partes y salían cadáveres de las tumbas para agarrarlo de los tobillos.

A su alrededor, estallaban bombas por todas partes y cada hombre que rescataba pesaba más que el anterior.

Johnny se sentía como si estuviera llevando a sus espaldas la locura de toda la Humanidad. Apenas le quedaban fuerzas.

Para cuando la niebla se desvaneció, solo quedaba un hombre en

primera línea. Michael lo llamó débilmente, pero, para cuando llegó a su lado, no tenía pulso.

La herida que le había dicho que no era nada había terminado con su vida.

Los gritos que retumbaban en la cabeza de Johnny eran los suyos.

Estalló una tormenta de verano que le recordó el sonido de las bombas. Johnny se despertó angustiado. Las gotas de lluvia sobre el tejado hacían el mismo ruido que las ráfagas de metralleta.

Johnny se incorporó en la cama bañado en sudor.

Menos mal que había un ángel esperándolo.

Annie.

–¿Estás bien?

Johnny alargó el brazo y la tocó.

No estaba en el cielo ni en el infierno. Miró a su alrededor y vio que estaba en casa de Annie.

Tomó aire y consiguió que su corazón dejara de latir aceleradamente.

Annie también se había incorporado y lo miraba con atención y miedo, preocupada. Precisamente por las pesadillas, no solía dormir con ninguna mujer y, cuando lo hacía, solía irse pronto con la excusa de dar de comer a Smokey.

–¿Te he asustado? –le preguntó todavía impresionado por haber vuelto a revivir aquella horrible escena–. Lo siento.

–No pasa nada –contestó ella.

Decidida a ayudarlo como él la había ayudado a ella horas antes, Annie no pensaba dejar que la apartara de su lado.

Sin embargo, Johnny no quería su compasión porque se sentía débil, así que se giró y le dio la espalda.

–Por favor, no me apartes de tu lado –imploró Annie.

Le puso una mano en el hombro, pero Johnny no dijo nada. Entonces, lo abrazó. Johnny intentó zafarse, pero Annie se agarró con fuerza.

–Sé que no te va a gustar lo que te voy a decir, pero te lo voy a decir –dijo Annie–. No por obligación sino porque quiero. Te quiero, Johnny Lonebear.

Johnny se quedó de piedra. Annie le dio un beso en la nuca y le mordisqueó el lóbulo de la oreja.

–Te lo he dicho para que sepas que nada de lo que hicieras en el pasado podría cambiar lo que siento por ti –le aseguró–. Nada.

Johnny estaba seguro de que una mujer tan sensible como Annie jamás lo amaría si supiera de los horrores que había presenciado, así que no le contó nada.

Se limitó a mostrarse taciturno.

–No creo que quererme sea una buena opción.

Annie se rio.

–No es una opción –protestó–. Si tuviera opción, posiblemente saldría corriendo. Es un sentimiento, Johnny, el más fuerte que he tenido en mi vida. Aunque quisiera, que no quiero, no podría cambiarlo. Eres tan importante para mí como respirar.

Johnny sabía perfectamente lo que quería decir eso porque él sentía lo mismo por ella. No dejaba de pensar en Annie, no podía vivir sin ella.

Sin embargo, precisamente por su bien, no podía ser.

–Solo sirvo para fallar a la gente –arguyó.

–¿Lo dices porque crees que le fallaste a Michael? –le preguntó Annie repitiendo el nombre que le había oído gritar en sueños.

–¡Sí! –gritó mirándola–. Mi mejor amigo murió por confiar en mí. ¿Qué te parece tener a tu lado a un hombre que tiene las manos manchadas con la sangre de su mejor amigo?

Aunque la amargura con la que le estaba hablando era horrible, Annie no se apartó de él, como suponía que había creído Johnny.

Tomó aire y habló con una seguridad que no sentía.

–No creo que les den condecoraciones a los que fallan y, menos, la Purple Heart –le recordó.

Le puso el dedo en los labios con ternura para que no la interrumpiera y le habló con respeto por todo el sufrimiento que debía de haber presenciado.

–Shhh… No tienes por qué contarme nunca los detalles si no quieres. Solo quiero que sepas que cualquier error que pudieras cometer ya lo has pagado con creces con lo que sufres y con la maravillosa obra que estás haciendo en Dream Catchers. Por si te queda alguna duda, eres el mejor hombre que he tenido el privilegio de conocer, Johnny. Michael te perdonó hace tiempo. Ya

va siendo hora de que tú te perdones.

Johnny lloró en silencio y sintió que le quemaba todo el cuerpo. Tal vez Annie tuviera razón. Michael se había negado a ser evacuado hasta que no hubieran sacado a todos sus hombres de allí.

Johnny sabía que, si hubiera sido al revés, él habría hecho lo mismo. El deber del militar al mando es anteponer las vidas de sus hombres a la suya.

La medalla que Michael había recibido a título póstumo se la tenía bien ganada. Había sido un hombre realmente valiente.

Si Johnny no hubiera estado entonces en el hospital recuperándose, habría puesto la suya sobre el féretro de su amigo.

Aunque Annie pareciera muy segura y tuviera razón, Johnny no podía evitar creer que, al final, acabaría fallándole. Aquello le dolió horriblemente.

–Quédate conmigo, Johnny –imploró ella–. Por favor. Lo que queda de noche, por lo menos. Aunque preferiría que fuera lo que queda de verano.

«Toda la vida», pensó.

Aquello último no se lo dijo porque pensó que ya había hablado suficiente por una noche.

Solo le quedaba ofrecerle a aquel buen hombre su corazón como almohada y rezar para que no se lo dejara demasiado destrozado cuando hubiera terminado con él.

En la reserva todo el mundo se enteraba de las noticias con prontitud.

Johnny no había todavía terminado de mudarse a casa de Annie y ya lo sabían todos los vecinos.

Se había llevado al oso consigo, indicativo de lo seria que debía de ser la relación que mantenía con la rostro pálido que había endemoniado a su hermano, según Ester.

Los ancianos se extrañaron, pero no dijeron nada en público. Algunas de las madres más chapadas a la antigua chasquearon la lengua y se lamentaron de que Johnny diera mal ejemplo a los jóvenes viviendo en pecado.

La mayoría de los hombres pensaron que qué suerte tenía por vivir con una mujer tan guapa y las jóvenes se pusieron celosas

porque el soltero más codiciado hubiera encontrado pareja por fin.

Johnny estaba acostumbrado a los rumores sobre él y pensó que nadie se atrevería a comentarle nada a Annie. De hecho, cuando iban juntos a algún acto al que él tenía que asistir por su cargo en el colegio, la hospitalidad siempre se hacía extensible a Annie.

Annie amaba y respetaba tanto la cultura india que era difícil no amarla a ella. Muchos miembros del consejo de dirección del colegio pidieron que las clases impartidas por ella siguieran durante el nuevo curso.

Ester la miraba desde lejos. Annie no sabía lo que Johnny le había dicho el día que Crimson se había ido de casa, pero no la miraba con buena cara.

Un día, desoyendo el consejo de Johnny, fue a hablar con ella en un acto benéfico que se organizó para recaudar fondos para una niña enferma. Acababa de comprar un dibujo que Crimson había donado, una obra preciosa titulada *Esperanza* en la que se veía un águila sobrevolando un impresionante cañón.

Annie había donado una vidriera de un ramo de flores silvestres que había hecho especialmente para la ocasión. Ester no tuvo más remedio que admitir que era precioso y que había recaudado mucho dinero en la subasta.

–Me alegro de haber podido ayudar –contestó Annie intentando no hablar de Johnny ni de Crimson Dawn.

–Gracias por convencer a mi hija el otro día para que volviera a casa –contestó Ester como si le costara decir las palabras.

Annie se alegró de que Johnny le hubiera dado a entender a su hermana que había sido una pieza clave en la resolución del problema.

–Convencer a su hija no es fácil. Tiene muy claro lo que quiere y no quiere hacer –sonrió Annie.

–Tiene usted más razón que un santo –asintió Ester.

Annie se alejó feliz de haber entablado conversación con la hermana de su amado. Por un día, había sido suficiente. No quería que Ester tuviera la impresión de que se metía en su vida ni le decía cómo tenía que tratar a su hija.

No quería problemas y una vez más se recordó que no le quedaba mucho tiempo allí. La idea de tener que irse le atenazaba el corazón, que pertenecía a aquella gente y a aquel lugar.

Aunque no quisiera admitirlo, estaba completamente entregada a la reserva.

Le encantaba estar rodeada de gente, pero disfrutaba especialmente los momentos que pasaba a solas con Johnny.

Para haber vivido solo buena parte de su vida de adulto, resultó ser una compañía muy buena. Cocinaba de maravilla, sobre todo, la carne y Annie se moría por sus filetes de alce que eran su especialidad.

También le gustaba el venado y el faisán, pero no podía con la carne de serpiente por mucho que Johnny insistiera en que sabía como el pollo.

Un sábado le propuso llevarla a pescar truchas para hacérselas luego a la parrilla. Lo primero que hicieron fue ir a sacar una licencia para ella. Para ahorrarle el dinero, Annie insistió en sacar permiso solo para aquel día.

–No merece la pena sacar una licencia anual –protestó–. Sobre todo porque no voy a estar aquí…

–Tú mereces la pena –contestó Johnny besándola delante de Jack Crow, el dueño del establecimiento, y de varias personas.

–Me parece a mí que quiere que se quede usted un poco más –dijo Jack.

Johnny no lo negó.

–Puede –confirmó besándola para que no hubiera dudas.

Annie no acababa de creer que porque tuvieran unas noches de sexo maravillosas, Johnny estuviera dispuesto a perder su independencia. No le había ofrecido un trabajo permanente en Dream Catchers ni nada parecido.

Por eso, estaba decidida a disfrutar del tiempo que les quedaba juntos.

Fueron a pescar al lago y, tal y como le había dicho Johnny, fue una experiencia que no olvidó jamás.

Smokey se enfadó porque Annie ocupara su sitio en la embarcación. Al oso le encantaba pescar, pero aquel día Johnny lo dejó en la orilla mientras ellos se metían en el agua. El animal la miró con tanto asco que Annie creyó que jamás la perdonaría.

–Me parece que le caigo fatal –observó.

Todavía no le había dado tiempo a acostumbrarse a aquel animal tan gran y, aunque había hecho un esfuerzo para darle de

comer, a veces tenía la impresión de que si se descuidara sería ella su almuerzo.

–Está celoso. Tienes que darle tiempo para que se acostumbre a ti.

Annie supuso que el consejo también lo podía aplicar a su familia, sus amigos y, en general, a todos los habitantes de la reserva.

Solo le quedaban dos semanas allí. Pensó en decírselo, pero no lo hizo. No quería estropear el día.

El lago Bull era una de las joyas de la reserva y uno de los lugares más protegidos por los indios.

Annie quedó maravillada ante su belleza.

Era de un azul espectacular y de una frialdad que no permitía bañarse en él. En consecuencia, no había casi nadie en la zona. Solo un par de pescadores más.

Intentó pescar un par de veces, pero lo único que consiguió fue empaparse hasta los huesos, así que, al final, se sentó y disfrutó de la escena.

Miró a Johnny mientras acariciaba el agua. El sol, que reverberaba en la superficie del lago, lo hacía parecer un dios. Se le marcaban los músculos de los brazos bajo la camiseta y Annie no se avergonzó en mirarlo con deseo.

No solo le gustaba su físico. En su compañía, se sentía a salvo.

Un hombre que había salvado a todo su batallón, no dudaría en hacer lo mismo por ella si el barco se hundiera o en socorrerla si un ladrón le robara el bolso por la calle.

Se le ocurrieron varias posibilidades violentas y en todas Johnny aparecía como el héroe que la salvaba.

–¿Pasa algo? –le preguntó al ver que tenía la piel de gallina.

–Nada en absoluto –contestó Annie salpicándolo.

–Ven, vuelve a intentarlo –dijo Johnny poniéndole cebo en un anzuelo y pasándole una caña.

Aquella vez, Annie la lanzó y esperó. Y esperó y esperó porque no picaba ningún pez. Por suerte, esperar en un entorno tan apacible no era difícil.

Al cabo de un rato, sacó un sándwich de la cesta y le dio un trozo de pan a un pato que pasaba por allí.

En un abrir y cerrar de ojos, el animal se había comido buena

parte de su comida y no paraba de gritar porque quería más.

Johnny se rio al ver la escena, pero no le dio nada de su comida.

Tras acabarse su sándwich, Annie se quedó mirando el cielo, en el que no había ni una nube. Estaba tan despejado que hacía daño mirarlo. Se preguntó si los que habían nacido y crecido allí se darían cuenta de lo que tenían… el paisaje… la calidad de vida…

Tras decirle a Johnny que lo único que iba a conseguir pescar era una buena insolación, de repente, el carrete de su caña comenzó a correr haciéndola pegar un respingo y mover toda la embarcación.

–Es una buena pieza. Aguanta –sonrió Johnny viéndola pescar su primera trucha.

Annie se sorprendió de lo duro que resultaba sacar al pez del agua, así que le dijo a Johnny que se lo sacara él, pero él se negó educadamente.

–¿Has podido pescarme a mí y no vas a poder con un pobre pececillo? –bromeó.

–Creí que tú eras imposible de pescar –contestó tirando con fuerza para sacar lo que ya creía que era un inmenso tiburón–. Los rumores dicen que sueles pescar a tus presas para soltarlas al poco tiempo.

Johnny se acercó finalmente para ayudarla. Con él, todo era mucho más fácil. Annie observó lo diferentes que eran los dos pares de manos que había en la caña.

Desde luego, no eran una pareja normal. Comparada con la piel de Johnny, la suya era blanca como la leche. Sus músculos la hacían parecer más débil de lo que era, pero Annie se negó a darse por vencida.

Los cinco minutos que estuvo luchando se le hicieron cinco horas. Le dolía la muñeca. Le dolía el brazo. Pero lo había conseguido.

Johnny le dijo que era una trucha arco iris de diez kilos. Una buena captura.

–¿Quieres soltarla? –le preguntó.

–Por supuesto –contestó Annie sinceramente.

Admirando su compasión para con el valiente animal que había luchado con dureza por su vida, Johnny devolvió a la trucha al agua.

# Capítulo Diez

En los maravillosos días siguientes, Annie se convenció de que Johnny Lonebear era, realmente, su hombre ideal.

Su relación fue tomando tintes cada vez más permanentes a medida que la rutina se fue instalando entre ellos con demasiada facilidad y comodidad.

A los dos les gustaba madrugar, así que comenzaban el día pronto y lo terminaban pronto, desnudos y juguetones.

A pesar de que Annie bromeaba diciendo que Johnny era insaciable, ella se sentía igual.

Nunca se había sentido tan bella y vibrante como estando con él.

Era un hombre organizado, seguramente como consecuencia de su paso por el ejército, y no había que decirle jamás que recogiera algo porque no dejaba nada por ahí tirado.

Como amante no tenía parangón. Sin humillarla, le enseñaba todos los días nuevas formas de darle placer y, a cambio, la hacía disfrutar como jamás había soñado.

Tenía una forma especial de tocarla que hacía que hacer el amor con él fuera algo más que un acto meramente físico. Juntos entraban en un plano espiritual que dejaba a Annie saciada y sintiéndose querida.

Estando con Johnny se sentía segura, pero un día le anunció que tenía que ausentarse tres días porque debía ir a Denver a una conferencia. Menos mal que insistió en dejarla a buen recaudo con sus dos guardaespaldas.

–Te presento a Big y a Bad –anunció Johnny dejando en el centro del salón a dos cachorros adorables.

Las dos bolas de pelo gris y ojos azules la miraron y la lamieron de arriba abajo. Annie estaba encantada.

–¿Y Smokey? –preguntó preocupada por cómo se iba a tomar el animal la llegada de dos nuevos amigos.

–Me lo voy a llevar conmigo –contestó Johnny–. Sé que todavía no te llevas bien con él, pero, si te sirve de algo, él se lleva contigo

mucho mejor de lo que se ha llevado nunca con nadie. Ya hablaré con él en el viaje a Denver y le explicaré que ahora formas parte de mi vida.

Annie sintió que el corazón se le aceleraba.

«No te hagas ilusiones», se dijo. «No quieras oír cosas que no ha dicho», se reprochó.

No quería estropear el momento preguntándole por sus intenciones, así que dirigió su atención de nuevo a los cachorros.

–¿De qué raza son? –preguntó observando las manos tan grandes que tenían.

Big contestó a su pregunta con un profundo aullido.

–¡Son lobos! –exclamó Annie.

–Mitad lobos, mitad pastor alemán –la corrigió Johnny tirándola al suelo y besándola con pasión–. Como no quieres armas en casa, me pareció una buena forma de protección.

Annie no se molestó en discutir con él. Para empezar porque le encantaban los cachorros y, para seguir, porque aquel regalo significaba que quería que se quedara. Obviamente, no esperaba que se llevara los lobos a Chicago, ¿verdad?

Annie lo abrazó con fuerza.

–Son casi tan adorables como tú –le dijo mordiéndole el lóbulo de la oreja como solo ella sabía hacer para volverlo loco.

Excitado, Johnny aulló de satisfacción.

–Van a ser solo un par de días, pero no me hace ninguna gracia dejarte sola –le dijo.

–No seas tonto. Estoy acostumbrada a cuidar de mí misma, pero gracias por la compañía.

Lo cierto era que la entristecía enormemente la idea de estar unos días alejada de él, pero le costaba admitírselo a sí misma porque era una mujer orgullosa de su independencia.

Decidió que utilizaría aquel tiempo para plantearse seriamente qué repercusiones tendría en su vida si decidía quedarse más tiempo.

De momento, había una pregunta mucho más urgente.

–Estarán domesticados, ¿verdad?

Desde entonces, los hermanos Big y Bad no se separaron de

Annie ni un segundo y la hicieron compañía durante la ausencia de Johnny.

Por desgracia, lo que ocurrió en el poco tiempo que él estuvo fuera le hizo replantearse la posibilidad de tener una relación más larga con él ya que sus familias y sus entornos eran completamente diferentes.

El lunes ya empezó mal cuando Crimson Dawn le contó que su madre había interceptado un sobre de la Universidad de San Luis que llevaba esperando con el corazón en la boca desde hacía tiempo.

Además de información para conseguir becas, en él llegaba la solicitud de inscripción. Crimson le contó que le había rogado que se lo diera, pero su madre se había negado.

Entonces, había estallado una batalla campal que había terminado con Ester sacando el sobre de la basura y quemándolo en las narices de su hija.

Madre e hija no se hablaban y Crimson le contó que su progenitora culpaba de la discordia entre ellas a Annie.

Annie se apresuró a asegurarle que la solución no era que se fuera a vivir con ella y, como Johnny no estaba, se encontró en la difícil situación de reconciliar a Crimson y a Ester.

Por muchas vueltas que le dio, no se le ocurrió ninguna manera de no ser la gran perdedora en todo aquello.

Aquel mismo día, mientras hacía la compra, una mujer se acercó a ella y, tras decirle que había sido novia de Johnny, le señaló a su hijo.

–Como dos gotas de agua, ¿verdad?

A Annie no se lo parecía, pero no dijo nada. La mitad de la reserva estaba enamorada de Johnny, así que supuso que aquellos episodios iban a ser normales en su vida a partir de entonces.

No las culpaba por querer separarlos. Al fin y al cabo, Johnny Lonebear era un hombre como no había uno entre un millón.

Tras comprarle una piruleta al niño, le deseó que tuvieran un buen día y se alejó con un nudo en la garganta.

La cena de aquella noche fue un desastre que consistió en carne para los cachorros y helado para ella.

El verano estaba a punto de terminar y todavía no sabía qué iba a ser de ella. Estaba igual que cuando había llegado a Wyoming

nueve semanas atrás.

Era como si el destino le estuviera jugando una mala pasada. Aquel día había sido realmente horrible.

Se preguntó si Dios no estaría intentando decirle algo. Deseó poder apartar el odioso sentimiento que tenía sobre sí como si fuera un nubarrón.

Le costaba creer que un par de días sin Johnny la habían dejado así de deprimida. ¿Se estaría volviendo paranoica?

No sabía por qué, pero tenía la sensación de que algo iba mal.

Como si se hubieran dado cuenta de que su dueña no estaba bien, Big y Bad la miraron con las cabezas ladeadas.

Harta de helado, Annie dejó el cuenco en el suelo para que se lo comieran. Mientras iba hacia el baño, los oyó juguetear con él.

Una vez allí, comprendió lo que iba mal.

Tenía un retraso.

Solía ser un reloj, así que solo podía ocurrir una cosa:

Estaba embarazada.

Se quedó tan confundida que no supo cómo reaccionar. Su primera reacción fue sentir una inmensa alegría. Tras perder a su primer hijo, había creído en silencio que podía ser estéril, un castigo de Dios por su promiscuidad.

Cuando le habían quitado a Laurel, por culpa de un sistema de justicia que creía más en la biología que en el bienestar de la pequeña, también lo había atribuido a un castigo divino.

Aquel embarazo era como un milagro.

Estuvo a punto de llamar a Johnny al hotel en el que estaba hospedado para darle la buena nueva. Tal vez fueron las hormonas lo que la hicieron dudar. Tal vez la experiencia que había tenido con el padre de su primer hijo.

Para evitar momentos dolorosos, nunca había hablado de hijos con Johnny. Como no sabía cómo iba a reaccionar, decidió esperar a haber ido al médico primero para decírselo.

Aunque nunca había tenido un retraso siempre había en la vida una primera vez para todo, ¿no?

Además, aun estando embarazada, siempre existía la posibilidad de volver a perderlo. Pensar en otro aborto la puso al borde de las lágrimas.

Tras rebañar bien el cuenco del helado, Big se dedicó a lamerle

los talones. Annie se agachó y lo tomó en brazos.

–No hay que lanzar las campanas al vuelo todavía –le dijo–. Todavía es muy pronto. Podría ser una falsa alarma.

Bad aulló para que lo tomara a él también en brazos. Annie lo hizo y, en prueba de su agradecimiento, el cachorro le lamió las lágrimas.

Annie se rio y lloró un poco más.

No podía olvidarse del niño del supermercado. No podía creer que Johnny fuera capaz de abandonar a un hijo suyo, pero podía ser cierto.

Había vivido en primera persona cómo corren los hombres cuando se les dice que van a estar atados económicamente, por lo menos, a un niño durante dieciocho años.

¿Cómo había sido tan tonta como para dejar que le volviera a pasar lo mismo? Solo se habían olvidado de los preservativos una noche. La anterior a la que se fuera a vivir con ella.

¿Cuántas veces les había dicho a las adolescentes que con un solo descuido era suficiente para quedarse embarazada? ¿Por qué no se había escuchado a sí misma?

Había intentado convertir su traumática experiencia en algo positivo ayudando a otras adolescentes para que no tuvieran que pasar por lo mismo.

De hecho, incluso había llegado a darles preservativos, lo que había creado un gran revuelo en el colegio.

Los que se oponían a ella vehemente se iban a reír a gusto. Aquello era el colmo de la ironía.

Annie no se había sentido tan estúpida en su vida.

O más afortunada.

Decidió que estaba esquizofrénica y esperó a que Johnny la llamara por teléfono como había prometido.

Por fin, sonó el aparato y estuvo a punto de no contestar. Lo hizo para que Johnny no se preocupara.

–Hola –dijo.

Johnny estaba cansado. Era un hombre acostumbrado a estar al aire libre, no metido entre cuatro paredes de conferencia en conferencia.

Muchas veces le había asegurado que el papeleo era lo que menos le gustaba de su trabajo.

Annie se había ofrecido a ayudarlo con la esperanza de que, así, le ofreciera un trabajo para poder quedarse o, al menos, hablar de esa posibilidad.

–¿Estás bien? –le preguntó dándose cuenta de que Annie estaba tensa.

¿Por dónde empezar?

Le contó el episodio de Crimson Dawn con su madre. Johnny suspiró frustrado.

–¿Te importaría investigar a ver si una universidad que ha nombrado aquí uno de los asistentes es buena? Se llama Salish-Kootenaie Tribal College. Está junto al lago Flathead, en Montana, y a ella van los chicos de la reserva de Flathead. He estado pensando que está lo suficientemente lejos de casa como para que Crimson vuele sola, pero no esté completamente desubicada en un mundo extraño.

A Annie le pareció una idea excelente, pero, ¿qué diría Ester?

–Mientras su hija no abandone su cultura, creo que le parecerá bien. Seguro que entiendes que una madre no quiera separarse de sus hijos. Los padres indios son todavía más reticentes porque están muy presionados para que sus hijos se introduzcan en el mundo de los blancos. No hace mucho, a los niños indios les pegaban en los colegios de blancos por hablar su lengua nativa. Les quitaban sus nombres verdaderos, los encadenaban a las sillas y les negaban la comida y el agua para ver si así dejaban de comportarse como «salvajes».

Annie sintió una gran pena.

–En las tradiciones indias, las cosas materiales no tienen mucha importancia. Para nosotros, lo más importante en la vida son nuestros hijos. Nos tomamos muy en serio la responsabilidad de criarlos.

Annie se tocó instintivamente la tripa. No se le había ocurrido la posibilidad de que un hombre no saliera corriendo ante la noticia de que iba a ser padre.

Sin quererlo, se encontró pensando en el matrimonio y le costó mucho dejar de hacerlo.

¿Cuántas veces les había aconsejado a las chicas que no se casaran por el bien del niño que iba a nacer?

Además de que, según las estadísticas, la tasa de divorcios era

cada vez mayor, no quería obligar a nadie a casarse con ella por estar embarazada.

Sería mucho más feliz criando al niño sola que obligando a Johnny a casarse. Jamás le haría eso.

Había una tercera posibilidad aparte de huir o pedirle matrimonio.

¿Qué ocurriría si Johnny quisiera criar a su hijo en su cultura? ¿Qué pasaría si luchara para obtener la custodia?

«Para nosotros, lo más importante en la vida son nuestros hijos», recordó.

No sería capaz de soportar otro juicio.

Absorta en sus pensamientos, colgó el teléfono sin contestar por qué respondía con tanta ausencia a las preguntas de Johnny.

Se agarró la cabeza, que le dolía enormemente, y se abrazó a los cachorros.

–Chicos, parece que vamos a ser padres –les dijo.

Decirlo en voz alta la hizo sentirse mejor.

Daba igual que hubiera sido producto de la estupidez o del destino porque Annie tenía intención de cuidar de aquel bebé y de darle una buena vida.

Iba a ser la mejor madre del mundo, con o sin padre a su lado. Ante sí tenía un futuro incierto, pero no iba a permitir que nadie sobre la faz de la tierra le quitara a su hijo.

# Capítulo Once

La última vez que habían hablado por teléfono, Johnny sospechó que Annie estaba ausente, pero cuando volvió a casa se dio cuenta de lo mucho que se había apartado emocionalmente de él.

Cuando habían hablado, tras un día de conferencias agotador, se había intentando convencer de que eran imaginaciones suyas, que todo iba bien.

No se le ocurría nada que hubiera podido hacer para que Annie se hubiera alejado de él. Si le hubiera prestado más atención a la vocecilla que le advertía de que algo no iba bien, no se había sorprendido tanto al volver a casa.

En los últimos días, había hecho un gran esfuerzo para conseguir que le admitieran un nuevo puesto de trabajo en la propuesta de contratación del curso siguiente.

Tenía muy claro quién quería que lo ocupara, pero primero tenía que hablar con Annie para ver si le interesaba quedarse.

Después de por lo que había pasado, no le extrañaría que no quisiera volver a trabajar como consejera en su vida.

Aunque quería respetar sus deseos, Johnny sabía que eso sería una gran pérdida. Por lo que había visto, Annie tenía un don especial.

Estaba deseando contárselo… cara a cara. A Johnny no le gustaba demasiado el teléfono. Le gustaba ver las reacciones de la gente en vivo y en directo.

La última vez que había hablado con ella por teléfono la había encontrado rara y lo había achacado a que lo debía de estar echando tanto de menos como él a ella.

«¡Idiota!», se dijo.

¿Cómo podía cometer el mismo error por segunda vez?

Además de luchar durante buena parte de la semana para conseguirle un trabajo, se había sorprendido a sí mismo en una joyería mirando anillos de diamantes.

Mientras se suponía que tenía que estar escuchando al ponente,

él se dedicaba a imaginarse la casa que le iba a construir a Annie a orillas del río.

Sería mucho más grande que el agujero donde había crecido con Ester y su abuela, pero esperaba llenarla con el mismo sentimiento de devoción a la familia que ella había conseguido.

Pensó en una casa con tejado a dos aguas, parecida a un tipi, y con multitud de ventanas para que Annie pudiera dar rienda suelta a su imaginación con las vidrieras.

Se había parado a pensar incluso en la decoración, rústica y tradicional. Había pasado buenos ratos intentando casar sus dos culturas en una casa que fuera del gusto de los dos y que integrara sus dos personalidades.

Lo que más le apetecía era llenarla de niños.

Como huérfano que era, Johnny había echado mucho de menos la relación con su padre. Su abuela se había esforzado, pero había sido muy mayor para jugar al fútbol con él o para llevarlo a cazar y a pescar.

Desde luego, nunca le había dicho de dónde llegaban los niños. Lo único que le había repetido hasta la saciedad había sido «No dejes embarazada a ninguna chica. No avergüences a la familia».

A pesar de los rumores, Johnny la había obedecido.

La posibilidad de tener hijos con Annie, le rompió el corazón como si fuera el cascarón de un huevo.

Después de haber visto los horrores de la guerra, le parecía imposible llevar una vida normal.

Hacía tiempo que había cejado en su empeño en encontrar a alguien que lo aceptara tal y como era, ni santo ni diablo, un simple hombre normal que se esforzaba en exorcizar lo mejor posible sus demonios.

Sin querer cambiarlo, Annie le estaba dulcificando el carácter y estaba seguro de que sería igual con sus hijos.

Teniendo en cuenta que, tal y como le había contado, había perdido dos niños, estaba seguro de que estaría encantada de formar una familia.

Lo que para otros era un sueño de fácil realización, a Johnny siempre se le había antojado fuera de su alcance.

Viéndolo tan cerca, sentía ganas de gritar muy alto que estaba enamorado de la mujer más maravillosa del mundo.

¡Enamorado!

El hombre que se había jurado a sí mismo que jamás volvería a hacerlo se había enamorado como un adolescente.

«¿Qué tal si se lo digo a ella la primera?», se reprochó con una sonrisa. De vuelta a casa, había practicado con Smokey.

Ahora comprendía que lo que había sentido por aquella chica de la carta tantos años atrás solo habían sido ganas de quitarse la etiqueta de rebelde, sentar la cabeza y formar una familia para sentirse menos vulnerable.

Menos mal que su novia lo había dejado. Se había librado de una vida vacía y llena de amargura.

¿Cómo había dejado que una relación tan tonta hubiera estado a punto de apartarlo del amor de verdad?

Menos mal que el Gran Espíritu velaba por todos sus hijos, incluso por los más bobalicones.

Johnny entendió que lo más importante en su vida era el amor de Annie.

Ella se lo había confesado sin pedir nada a cambio, así que decidió pronunciar aquellas dos preciosas palabras en sus oídos.

Estaba impaciente por empezar a planear su futuro en común. Un futuro no basado en la pasión sino en un compromiso profundo de amor y respeto.

El camino de vuelta fue un trayecto estupendo en el que cantó con la radio, acompañado por Smokey que no paraba de mover el rabo contagiado de la alegría de su amo.

No se había sentido tan feliz en la vida.

En cuanto aparcó el coche en casa de Annie, supo que algo no iba bien.

La primera señal fue que Annie no salió corriendo a recibirlo como solía hacer. La segunda que, nada más entrar, se encontró con que le había hecho las maletas y se las había dejado en el vestíbulo.

–¿Qué demonios pasa aquí? –preguntó intentando que el corazón no se le parara.

No quería sacar conclusiones precipitadas. ¿Y si resultaba que estaban fumigando la casa y había que pasar la noche fuera? ¿Y si se había inundado el baño y no había estado para ayudar? ¿Y si

Ester había ido a hablar con ella en su ausencia?

Quizás se hubiera cansado de esperar a que le dijera que la quería. Quizás se hubiera desenamorado de él.

Al ver que había una carta sobre sus maletas que empezaba con *Querido John* confirmó sus sospechas.

Entró en el salón y se encontró con Annie en la mecedora. Tenía los brazos cruzados sobre el pecho, estaba pálida y obviamente había estado llorando.

–¿Qué te pasa? –le preguntó corriendo hacia ella preocupado.

Se colocó en cuclillas junto a ella y le tomó ambas manos entre las suyas. Como siempre que se tocaban, ambos sintieron una descarga eléctrica por todo el cuerpo.

Annie intentó apartarse, pero Johnny se lo impidió. No pensaba soltarla hasta haber llegado al fondo de la cuestión.

A pesar de su insistencia, Annie no lo miraba a los ojos. Era como si temiera que pudiera leerle el pensamiento.

El médico había confirmado sus sospechas.

Estaba embarazada.

Annie dejó de mecerse y se concentró en Johnny. Había preparado un discurso que había ensayado entre lágrimas, pero no lo recordaba. Se mordió el labio inferior para que no le temblara.

–No pasa nada –contestó–. Simplemente que esto no funciona –murmuró.

Johnny no pudo evitar reírse amargamente.

Big y Bad estaba durmiendo en su cajón al otro lado del salón. La manta sobre la que estaban era la que se habían llevado al picnic.

Aquello le hizo recordar sus besos bajo los rayos del sol.

¿Qué había pasado en el corto lapso de tiempo que había transcurrido desde entonces para que Annie hubiera cambiado tanto?

–Supongo que «esto» quiere decir «yo» –apuntó–. Te refieres a mí, ¿verdad?

Annie miró aquellas enormes manos que había aprendido a amar, aquellas manos que habían recorrido todo su cuerpo y habían llegado a su alma.

–No, me refiero a mí –le dijo intentando sonreír–. Johnny, tú no has hecho nada malo. Precisamente, fuiste tú el que dejó claro desde el principio que la nuestra no iba a ser una relación larga…

–¿Y qué pasa si he cambiado de opinión? –la interrumpió.

Annie lo miró confusa.

Aquella no era la contestación que había esperado.

Todo el mundo decía que Johnny Lonebear era un hombre que usaba y tiraba a sus amantes.

Annie había creído que estaría dispuesto a poner punto final a su relación tan contento. El hecho de que no pareciera que lo iba a hacer la hizo pensar.

¿Por qué no se lo habría dicho antes de que todo se hubiera complicado tanto?

Sin embargo, con un niño de por medio, Annie lo tenía claro. No quería que Johnny supiera de su existencia.

Era la única manera de no tener que pasar de nuevo por un juicio de custodia. ¿Qué ocurriría si, en nombre de la importancia que para él tenía su cultura, Johnny decidía quedarse con la niña o el niño que llevaba dentro?

La mera posibilidad de que le arrebataran otro hijo hizo que Annie sacara fuerzas y resolución.

Se dijo que lo hacía por el bien de Johnny y estuvo a punto de decirle que debería darle las gracias por no tener otro hijo por ahí.

Si alguien le asegurara que no la iba a llevar a juicio, que la iba a dejar seguir con su vida, estaba dispuesta a ahorrarle la humillación de someterse a las pruebas de ADN y a la carga económica que suponía mantener a un hijo.

Pensó en aquellas mujeres que iban a programas de televisión intentando pillar a un pobre diablo para ejercer de padres de sus retoños.

Las pruebas se hacían allí mismo y, si el resultado era negativo, el hombre saltaba y gritaba de júbilo mientras los presentes insultaban a la mentirosa.

Ella misma, siendo una adolescente vulnerable, había recibido insultos parecidos y no pensaba volver a pasar por ello.

¿Para qué?

¿Y para qué manchar el buen nombre de Johnny?

Aunque él decía que no le importaba vivir con una mujer blanca

sin estar casados, a ella sí le importaba.

Pero no por ella sino por él, que era un hombre enormemente respetado. No quería interponerse entre Johnny y las cosas que le eran sagradas, a saber, su familia y el colegio.

Si ya había habido gente a la que su unión de facto no le había hecho gracia, ¿qué dirían cuando se enteraran de que iban a tener un hijo?

No hacía falta ser ingeniero para comprender que ocultándole la existencia del bebé, realmente, le hacía un gran favor.

Annie se dijo que no lo estaba haciendo por egoísmo, que su intención era noble.

–Que tú hayas cambiado de opinión no quiere decir que lo haya hecho yo –le espetó haciendo de tripas corazón–. El verano está a punto de terminar y ha llegado el momento de admitir que nuestra aventura toca a su fin. Ha sido divertido, pero debemos seguir cada uno nuestro camino.

Johnny hubiera querido taparle la boca para no tener que seguir oyendo aquellas atrocidades.

No se esperaba algo así de Annie y sintió cómo en su interior se comenzaba a formar una ira que, de explotar, no iba a dejar a nadie en pie en diez kilómetros a la redonda.

Se puso en pie de un salto y se metió las manos en los bolsillos para no ceder ante la tentación de zarandear a Annie para que le contara la verdad.

–No lo dices de verdad –la retó.

–Claro que sí –mintió.

–¿Y si te ofrezco un puesto permanente de consejera en Dream Catchers y te digo que quiero que te quedes?

Annie lo miró sorprendida, pero Johnny continuó hablando.

–Podríamos negociar los detalles si jornada completa te parece demasiado. ¿Qué tal media jornada de consejera y la otra media sigues con tus clases? También podrías ayudarme con el papeleo. Es una parte muy importante de mi trabajo, pero no me gusta nada. Sé que tú tardarías la mitad que yo en hacerlo.

«Y si no quieres trabajar en nada, podrías ser mi esposa...», pensó.

Pero no se atrevió a decírselo porque temía apresurarse. Al fin y al cabo, se había encontrado las maletas en la puerta como aquel

que dice y a Annie con cara de ir a montarse en el primera avión que saliera para San Luis.

Además, la posibilidad de que le dijera que no se quería casar con él le daba pavor.

Primero, debía convencerla para que se quedara por el bien de la comunidad trabajando con él.

Luego, ya conseguiría que se casara con él.

De momento, sacar ese tema y forzarla no le pareció una buena idea.

De repente, se alegró de no haberse gastado la fortuna que costaba el anillo que había elegido.

Si hubiera tenido la caja de terciopelo en el bolsillo, no habría podido evitar sacarla y pedirle que se casara con él.

De haberlo hecho, seguramente Annie habría salido corriendo asustada.

Johnny se paseó por la estancia y sintió como si el padre de Annie lo estuviera observando, que ya era mucho más de lo que estaba haciendo la hija.

Seguía sin mirarlo, pero estaba sorprendida.

Obviamente, la posibilidad de una relación permanente con él no le hacía gracia. Aquello le dolió terriblemente.

Al final, Ester iba a tener razón. Según su hermana, las personas que iban de buenas samaritanas por la vida resultaban ser las peores.

¿Habría sido su verano con él para Annie algo más que un acto de caridad?

¿Habría accedido a irse a vivir con él como experimento de cohabitación entre dos culturas diferentes?

Se sintió como si se fuera a romper por dentro y, cuando Annie lo miró por fin y vio piedad en sus ojos, sintió que el corazón se le deshacía.

–Muchas gracias por la oferta –le dijo–. Te lo agradezco de verdad, pero ya es demasiado tarde para cambiar mis planes.

–¿Qué planes? –preguntó Johnny como desde otro mundo.

Como madre soltera que iba a ser, Annie no tenía ni idea.

Nueve meses no era mucho tiempo y tenía que poner un montón de cosas en orden en su vida.

Temía que una jornada completa de consejera le chupara todas

las fuerzas y la dejara sin energía para su hijo.

Por otra parte, iba a necesitar dinero y no creía que le fuera suficiente con trabajar media jornada.

Antes de irse a Wyoming, sus padres le habían dicho que siempre tendría las puertas de su casa abiertas, pero no quería cargarlos con la responsabilidad de ocuparse de un nieto.

Con lo independiente que era, Annie odiaba la idea de necesitar a alguien.

Lo cierto era que lo que Johnny le había ofrecido era perfecto en todos los aspectos excepto uno.

Si aceptara el puesto, el padre de su hijo no tardaría mucho tiempo en darse cuenta de su embarazo.

Tal y como la estaba mirando en aquellos momentos, no creía que le hiciera mucha gracia enterarse de que iba a ser la madre de su descendencia.

Recordando su anterior experiencia, se mordió la lengua para no contarle la verdad.

Que Johnny reaccionara como el cretino con el que salía en el colegio, que la había tildado de prostituta, lo podría soportar.

Lo que no podría soportar eran las consecuencias a largo plazo para el niño.

La posibilidad de que lo llamaran «bastardo mestizo» fue suficiente para mantener la boca cerrada.

¿Y si Johnny la quisiera a ella, pero no al bebé? ¿Y si no estuviera dispuesto a cambiar de estilo de vida y ponerse a cambiar pañales?

El aborto no era una opción para Annie.

Pensar en Johnny proponiéndoselo fue más de lo que pudo soportar.

¿De qué le servía volver a pasar revista mental a todas las posibilidades?

Lo mejor que podía pasar era una propuesta de matrimonio forzada y lo peor, una horrible batalla legal por la custodia del pequeño.

Annie no quería casarse porque Johnny creyera que era su obligación. Sería humillante para ella y destructor para él y, además, podía terminar haciendo daño precisamente al hijo por el que se habían unido.

No quería que su niño creciera en una casa sin amor y nunca había creído que una boda pudiera solucionarlo todo.

Para ello, tenía que declinar la amable oferta de Johnny.

–Mis planes son asunto mío, si no te importa –contestó.

Johnny había corrido entre minas que le habían hecho menos daño que la actitud de Annie en aquellos momentos.

¿Qué era perder una pierna comparado con que a uno le arrancaran el corazón del pecho?

La tomó de los codos y la obligó a levantarse.

–Eso quiere decir que el único plan que tienes es huir de mí. Punto. Fin de la conversación.

–¿Por qué te empeñas? No quería que termináramos así –gritó Annie cerrando los párpados al ver el dolor que reflejaban los ojos de Johnny.

Johnny la soltó y Annie cayó sobre la mecedora llorando y tocándose la tripa en actitud protectora.

–Nunca te habría hecho daño –le dijo indignado ante la posibilidad de que lo hubiera creído capaz de pegarle–. No como tú me lo has hecho a mí adrede.

Annie sabía lo mucho que le había costado admitir aquello. Un hombre tan fuerte y orgulloso como Johnny no confesaba sus debilidades con facilidad.

Annie se moría por gritar su nombre y abrazarlo, por explicárselo todo y pedirle perdón por haberle hecho pasar por aquel infierno.

Sin embargo, lo vio salir de la habitación como un energúmeno, pararse a recoger sus cosas y dar un portazo antes de subirse al coche y marcharse.

Se tapó los oídos cuando el cristal de la puerta principal cayó al suelo, pero pensó que sería más fácil de reponer que su pobre corazón que yacía hecho añicos a sus pies.

## Capítulo Doce

Durante los días siguientes, todo el mundo intentó evitar a Johnny.

Parecía un oso salvaje dispuesto a lanzarse con ira sobre el primer desgraciado que fuera lo suficientemente estúpido como para cruzarse en su camino.

Se había pasado varias veces por clase de Annie para ver qué tal estaba.

Verla le alegraba el día.

Estaba impresionado ante los avances de la mayoría de los alumnos, pero estaba decidido a no acercarse a ella.

Faltaban pocos días para que se fuera de la reserva y dejara atrás a los niños que la respetaban y al hombre que la amaba a pesar de lo que había pasado entre ellos.

En un par de días Johnny no volvería a pensar jamás en Annie.

Excepto cuando viera la vidriera que había donado al colegio.

Excepto cuando recordara cómo se sonrojaba cuando le tomaba el pelo.

Excepto cuando el viento moviera las hojas de los álamos y le recordara a su risa.

Excepto cuando…

–¡De buena nos hemos librado! –proclamó, interrumpiendo sus pensamientos.

Había invitado a comer a su hermano para hacer las paces y animarlo.

Johnny había aceptado con la excusa de dejar un paquete de Crimson Dawn, pero a ella le daba igual. Ya le había advertido de lo que pasaría si confraternizaba con el enemigo.

Como de costumbre, había tenido razón. No era que le gustara tener razón cuando ello significaba ver sufrir a un ser querido.

Desde pequeño, Johnny se había negado a aceptar que su hermana mayor buscaba lo mejor para él y había insistido en averiguarlo por la malas.

En eso se parecía a su hija.

Últimamente, lo único que conseguía sacarle a Crimson era algún gruñido. Conversar con Johnny había resultado exactamente igual.

Le costaba no culpar de la desintegración de su familia a la mujer que había llegado a la reserva como un tornado.

Ester estaba haciendo pan cuando su hermano llegó a entregarle el paquete de su hija.

Lo dejó en la encimera, tomó una cerveza del frigorífico y se fue al sofá.

La reacción de Ester fue suave comparada con la que había tenido su hermano al descubrir el objeto en su mesa del colegio.

Al ver el nombre de su sobrina escrito en el sobre, le habían dado ganas de tirarlo por la ventana.

A Ester le sorprendió ver que el remite no era la dirección de Annie sino una universidad de Montana.

Parecía una universidad tribal. Ester sintió una gran curiosidad y llamó a uno de sus hijos pequeños para que pusiera la mesa mientras ella abría el sobre para leer su contenido.

Decidió que, si le gustaba lo que leyera, no lo tiraría pero, de lo contrario iría directo a la basura.

La cena fue aburrida. Johnny dijo que estaba muy buena y no volvió a abrir la boca. Crimson no estuvo mucho mejor, se limitó a suspirar varias veces y sus hermanos, sintiendo la tensión, cenaron a toda prisa y se fueron a jugar.

–¡Ya estoy harta! –dijo Ester levantándose y golpeando la mesa–. Sentaos y esperad aquí un minuto –añadió al ver que Johnny y Crimson hacían amago de levantarse otra vez.

Cuando volvió, arrojó el sobre encima de la mesa.

–Puede que considere esta universidad –le dijo a su hija–. Aunque, para que lo sepas, me sigue sin parecer buena idea que te vayas, pero ya no puedo soportar más tu actitud. Aunque voy a echar de menos tu ayuda a la hora de educar a tus hermanos pequeños, no quiero interponerme entre tú y tus sueños. Te apoyaré en lo que decidas. Espero que si decides volver a casa, no dejes que tu orgullo te lo impida. Pase lo que pase, tu familia siempre estará aquí para ayudarte.

A pesar de que lo había dicho con frialdad, Johnny sabía que su

hermana estaba emocionada y luchando para no llorar.

Ceder nunca se le había dado bien a Ester.

Crimson se levantó y corrió a abrazar a su madre.

–Lee bien lo que te han mandado y rellénalo. Mira a ver si es el lugar donde te apetece estudiar. Tu tío y yo tenemos que hablar a solas.

Al oír la puerta de la habitación de Crimson, Johnny sonrió sinceramente por primera vez desde que lo dejó con Annie.

–Estoy orgulloso de ti –le dijo a su hermana–. Debe de haber sido muy duro para ti decirle eso.

–Casi tan duro como lo que te voy a decir a ti. No es ningún secreto que no estoy a favor de los matrimonios mixtos. Todos sabemos lo difícil que es para los hijos, que a menudo se sienten rechazados por ambas razas, pero si voy a ser tía puedes contar conmigo para que te ayude como tú me has ayudado a mí con mi familia.

Johnny la miró como si se hubiera vuelto loca.

–¿De qué me estás hablando?

–Que tu novia no me cayera bien hasta ahora no quiere decir que…

–No quiero oírlo –dijo Johnny.

No quería oír comentarios destinados a hacerlo sentir mejor porque solían tener en él el efecto contrario.

–Me da igual que no lo quieras oír porque te lo voy a decir de todas maneras. Para que lo sepas Annie es una buena mujer y te conviene. Cuando volviste a casa después de la guerra eras otro hombre. El jovencito que se dedicaba a romper el corazón de las chicas y a coleccionar multas por exceso de velocidad se había convertido en un ser sin corazón. Hasta que apareció Annie, había perdido la esperanza de verte enamorado de nuevo. Así que, aunque tengo mis reservas, sobre las uniones interraciales, si te gusta esa chica tienes mi bendición.

Johnny no supo qué decir. Aquello era lo último que esperaba oír de labios de su hermana.

Estaba tan asombrado como Crimson momentos antes.

–Veros juntos me ha recordado a mi George –continuó Ester con más dulzura–. Hace ya casi diez años que murió y no pasa un solo día sin que lo eche terriblemente de menos. Hermanito, si quieres a

Annie tanto como yo lo quería a él, serías un idiota si la dejaras marchar.

Sus palabras habían sido pronunciadas con fiereza en los labios y lágrimas en los ojos. De no ser así, Johnny se habría reído.

–Te recuerdo que fue ella la que me dejó. Fue ella la que me echó sin darme una explicación. Para que quede claro, no fue idea mía.

–¿ Y qué? –lo interrumpió Ester–. Las mujeres hacen cosas ilógicas cuando están embarazadas.

–¿Por qué crees que Annie está embarazada? –preguntó Johnny con incredulidad.

Siempre habían tenido cuidado. Excepto aquella vez…

–Las mujeres sabemos cuando una está embarazada –rio Ester.

Sacudió la cabeza al ver que su hermano no se había percatado de las náuseas matinales ni de ese «aire especial».

–Eres una gran observadora –apuntó Johnny–. ¿No eras tú la que nunca acertaba con las parejas de calcetines y ponía uno de cada color? –ironizó.

–Ríete todo lo que quieras, pero cuando vi el otro día a Annie al ir a buscar a Crimson a clase, mi instinto me dijo que para el año que viene seré tía. Por lo menos, pregúntaselo antes de que sea demasiado tarde.

Johnny estudió a su hermana y no vio más que sinceridad y preocupación en su rostro. Que su amor por él fuera más fuerte que la animadversión que pudiera tener hacia Annie significaba mucho para él.

–Eres una mujer increíble –le dijo dándole un beso en la mejilla antes de irse.

No sabía qué sentía en aquellos momentos. Desde luego, estaba confundido.

La posibilidad de ser padre lo llenaba de un inmenso orgullo y de una responsabilidad como jamás había conocido.

También estaba enfadado porque Annie le hubiera ocultado semejante noticia. ¿Sería capaz de irse sin anunciarle que estaba embarazada?

Aquello sería un pecado imperdonable.

Fue hasta su casa a toda velocidad mientras intentaba aclarar sus sentimientos.

Si Ester tenía razón, significaba que Annie estaba dispuesta a sacrificar su amor por el del bebé.

Que no se lo hubiera contado a él solo podía querer decir que no confiaba en él como debía ser.

¿O quizás temía que se quisiera casar con ella y ella no quería?

De nuevo, se encontró en la línea de fuego.

Corriera hacia donde corriera, tenía todas las posibilidades de que lo hirieran.

El razonamiento de Annie daba igual. ¿Qué le había importado a Michael que lo hubieran matado por fuego amigo o enemigo?

Los muertos estaban muertos. La única ventaja de morir era que los heridos sufrían durante más tiempo.

Para cuando llegó a casa de Annie, estaba furioso.

La última vez que había estado allí, había roto la puerta, pero eso no le impidió golpear el marco de madera con el puño y hacer caer el cartón que Annie había colocado en el lugar del cristal.

–Abre la puerta o la tiro abajo –bramó.

Annie pensó que, como no se escapara por la ventana, tenía pocas opciones más. Estaba haciendo la maleta cuando había oído a los cachorros ponerse como locos en señal de recibimiento.

Sintiéndose como una traidora, apartó la maleta y fue a abrir la puerta sin ni siquiera pararse a mirarse en el espejo.

Sabía que estaba hecha un asco.

Lloros continuos, falta de sueño, tripa delicada y conciencia culpable. Una delicia. Rezó para que, al verla así, Johnny decidiera que estaba mejor sin ella.

Haciendo un gran esfuerzo porque le temblaban las rodillas, consiguió llegar hasta la puerta.

–Ya voy –gritó.

Al verlo, pensó en salir corriendo y huir.

Aunque le había dicho que jamás le haría daño, Johnny parecía dispuesto a destrozar la casa de Jewell de arriba abajo.

Annie abrió la puerta y se hizo a un lado para dejar entrar al guerrero.

–¿Qué quieres? –le preguntó con más aplomo del que sentía.

–La verdad –contestó Johnny agarrándola de los hombros–. ¿Estás embarazada?

Se hizo el más absoluto silencio.

La furia de él y el sentimiento de culpabilidad de ella hicieron que Annie decidiera contárselo de una vez.

Lo miró muy seria, en busca de respuestas a la pregunta que ella le había hecho en forma de contestación.

–¿Cómo te has enterado? –murmuró.

Johnny dejó caer las manos a ambos lados del cuerpo.

–Entonces, ¿es verdad?

–Es verdad.

Annie supuso que le iba a echar en cara haber mantenido relaciones sin preservativo o, mucho peor, hacer lo que había hecho el padre de su primer hijo para no hacerse cargo de él: acusarla de haberse acostado con muchos.

–No te preocupes –se apresuró a decirle–. No te voy a pedir dinero ni quiero hacerte daño. No te lo he dicho porque he creído que era mejor para ti no saberlo. Supongo que lo último que necesitas en tu vida es un problema personal relacionado con Dream Catchers. Como me voy antes de que se me note, no tendrás que aguantar más que los rumores normales.

Johnny la miró decepcionado.

–¿Los rumores normales?

Annie no estaba dispuesta a deletreárselo. ¿No sabía a lo que se refería? Seguro que sí. Intentó tranquilizarlo y asegurarle de nuevo que no esperaba nada de él. Así, de paso tranquilizaba también su conciencia.

Poco antes de que él llegara, Annie había estado llorando.

El dinero no era el único aspecto importante de criar a un hijo sola. Annie lo sabía por experiencia tras haberse ocupado de Laurel mientras su madre andaba por ahí recorriendo el país.

Sabía lo agotador que resultaba tener que levantarse en mitad de la noche para darle de comer e ir a trabajar al día siguiente.

Eso, si el niño no tenía sarampión, paperas o cólicos. Entonces, era insoportable.

Por otra parte, siempre había soñado con compartir con su compañero los avances del pequeño. Sola tendría que compartirlos con la canguro de turno.

–El hecho de que yo esté embarazada no quiere decir que tu vida tenga que verse afectada –le dijo–. A no ser que quieras ver al niño, en cuyo caso podríamos establecer un régimen de visitas que

nos fuera bien a todos.

En lugar de ver alivio en su rostro, como esperaba, Annie vio cómo la furia de Johnny se hacía cada vez más patente.

¿Por qué lo trataba como si fuera una pieza accidental en la vida de aquel niño?

–¿Cómo que «si quiero ver al niño»? –dijo con sarcasmo.

Johnny tenía los puños apretados y la cara roja de ira.

–¿Qué te hace pensar que no querría ocuparme de mi hijo?

Asustada ante la posibilidad de perder a su retoño, Annie atacó con fuerza.

–Pasadas experiencias.

–¿Tuyas o mías?

–¡De los dos!

Aquellas palabras se instalaron entre ellos como un muro al que ambos se quedaron mirando.

Tras un buen rato, Annie decidió que Johnny se merecía una explicación y se la dio, pero en un tono frío y hostil.

–¿Qué me dices de todos esos niños que corretean por la reserva y que dicen que son tuyos?

Johnny sintió náuseas al pensar que aquellas acusaciones hubieran hecho pensar a Annie que no sería un buen padre.

–No me voy a molestar en negar los rumores, pero a los hechos me remito –contestó–. Siempre que me he acostado contigo, he usado un preservativo. ¿No te da eso idea de lo cuidadoso que suelo ser? No soy un irresponsable que piensa con la entrepierna, ¿sabes? ¿Acaso no sabes que estoy al corriente de lo que significa un hogar roto? Trabajo con niños que proceden de hogares así todos los días. ¿No te has parado a pensar que, como he crecido sin padres, cuando vaya a serlo yo me lo tomaré muy en serio? –le dijo realmente dolido.

Annie se dio cuenta de que no había estado intentando ahorrarle a él dolor sino protegerse a sí misma.

–¿Tienes idea de lo que se siente cuando una completa desconocida se te acerca en la cola del supermercado se acerca y te presenta a su hijo como si fuera tuyo?

La agonía que reflejaba su rostro le llegó a Johnny al corazón.

Comenzó a entender lo que estaba pasando.

–Cariño –murmuró–, no sé quién habrá sido, pero alguien te ha

tomado el pelo –añadió acariciándole la mejilla.

La sintió temblar, pero no dejó de mirarlo a los ojos.

Con la otra mano le acarició el cuello. Un minuto antes, la habría querido estrangular. Ahora, mientras la veía buscar respuestas en su cara, sintió unas inmensas ganas de protegerla.

–¿A quién vas a creer, Annie? ¿A una desconocida o a mí? –le preguntó en voz baja–. Te aseguro que no tengo ningún hijo… excepto el que tendré cuando tú des a luz.

Alargó un brazo y le acarició la tripa, estableciendo el primer contacto místico con la semilla de su amor.

Aunque era demasiado pronto para notar nada, la energía que sintió en la mano le dejó claro que el bebé había sentido su presencia.

Annie lo miró con los ojos muy abiertos. Ella también lo había sentido.

–Por favor, no me hagas esto –le suplicó.

Johnny miró la fotografía familiar que Annie tenía sobre la mesa.

–Tú no sabes lo que es crecer sin padre. Yo, sí. Mi abuela se esmeró en ocupar el lugar de mi madre, pero un niño sin el referente de su padre sufre más de lo que te imaginas. Solo se me ocurre una razón por la que no quieres que forme parte de la vida de nuestro hijo. Ni de la tuya. Te avergüenzas de haberte relacionado conmigo y no quieres que el niño sepa de dónde viene –dijo con un gran dolor, pero levantando el mentón en actitud desafiante.

Annie tenía sus razones para hacer lo que estaba haciendo, pero ninguna tenía nada que ver con el racismo o la intolerancia.

–Te equivocas por completo –exclamó.

Agarró la mano de Johnny y la besó con ternura.

–No contártelo ha sido un error. Ahora me doy cuenta. No te lo dije porque estaba asustada.

Tomó aire y le contó su experiencia pasada con todo detalle.

–Te conté que había tenido un aborto natural, pero lo que no te conté fue cómo reaccionó el padre cuando se enteró de mi embarazo. Me acusó de haberme acostado con todo el mundo y de haberme quedado encinta adrede para pillarlo y arruinarle el futuro. No dudó en arrastrar mi nombre por el fango. Aunque perdí

el niño antes de que se me empezara a notar, mi reputación quedó destrozada. Por no hablar de la falta de seguridad en mí misma, claro. Solo tenía diecisiete años, pero aquel dolor me ha acompañado toda la vida. No podía soportar la idea de que tú me hicieras lo mismo. No quería que sintieras que estaba intentando atraparte, echarte el lazo o como lo quieras llamar.

–¿Echarme el lazo?

Aunque se había propuesto dejarla hablar, Johnny no pudo evitar interrumpirla.

–El amor no es una trampa. El amor te atrapa, sí, pero es una bendición cuando eso ocurre y es cosa de dos.

Las lágrimas hacían que sus ojos parecieran dos noches con multitud de estrellas y Annie se encontró pidiendo deseos como si fueran fugaces.

–Te quiero, Annie. Debería habértelo dicho antes, pero me acabo de dar cuenta hace relativamente poco. No es por el niño. Me di cuenta antes de que Ester me dijera que estabas embarazada. Por si te sirve de algo saberlo, la noche en la que volví de Denver, te iba a pedir que te casaras conmigo, pero, como me habías hecho las maletas para que me fuera, no me pareció un buen momento.

Annie se rio y lloró a la vez.

Johnny la tomó en brazos y la llevó al sofá, donde la depositó como si fuera una delicada pieza de vidrio.

Se preguntó si una mujer que ya había sufrido un aborto era más propensa que las demás a sufrir otro.

La posibilidad de perder a su hijo le atenazó las entrañas.

La posibilidad de perder a Annie le impedía respirar.

Sabía que las ojeras que tenía eran por él. Estaba pálida y temblorosa y más guapa que cualquier otra mujer del planeta.

–¿Estás bien? –dijo yendo hacia el teléfono para llamar a una ambulancia.

–Sí –contestó Annie–. Solo tengo la cabeza un poco volada y me siento como una idiota. Tenía miedo porque pensé que, tal vez, no querrías un niño en tu vida o que, si lo querías, pudieras intentar quitármelo como me hicieron con Laurel. Me la quitaron, literalmente, de los brazos. Recuperarme de aquello no ha sido fácil, pero eso no es excusa para no haber confiado en ti.

–En eso te doy la razón –dijo Johnny sin rencor.

La besó en la punta de la nariz para que viera que hablaba en serio. Las razones de Annie para no contarle nada acerca del embarazo eran más complicadas de lo que había imaginado.

Entenderlas lo había ayudado a entender a Annie y a amarla todavía más.

–¿Me perdonas? –le preguntó Annie indicándole que se sentara a su lado.

–Depende –contestó Johnny.

Si había alguien que tuviera que pedir perdón, era él.

Haber pensado que aquella deliciosa mujer lo había dejado por motivos raciales le hacía sentirse de lo más avergonzado.

En lugar de sentarse a su lado, se arrodilló ante ella.

–¿Te quieres casar conmigo?

Una pregunta tan sagrada requería una respuesta desde el corazón, pero también desde la cabeza.

Por temor a dejarse llevar por la euforia del momento, Annie consideró su respuesta con cautela.

–No quiero que te sientas obligado a pedírmelo. No quiero que creas que te tienes que casar conmigo por el bien del niño y no quiero que creas que no te dejaría ver al niño si no te casaras conmigo.

–Si estás intentando que me eche atrás, no lo estás consiguiendo –sonrió Johnny–. Creo que voy a tener que aclararte lo que siento por ti. No soy de los que se dejan que los manipulen ni que les hagan hacer cosas por obligación. Amo mi trabajo y lo sabes, pero tú eres diferente. A ti te llevo en el corazón. Me completas. El hecho de que vayas a tener un hijo me llena de orgullo y se me hincha el pecho como a un pavo real. Me llena de alegría de mi esperanza ante el futuro.

Annie le acarició la nuca y se la masajeó mientras Johnny ronroneaba como un gatito.

–Y pensar que temía que rechazaras a nuestro hijo… ¿Estás seguro de que quieres casarte con una mujer que ha sido capaz de pensar una atrocidad semejante de ti?

–Cariño, no te quiero porque seas perfecta y no cometas errores. De igual manera que tú no deberías dejar de quererme porque temieras que pudiera cometer los mismos errores que otros han cometido contigo en el pasado. El amor es incondicional y no teme

a nada.

Annie lo miró y sonrió.

–El campo de batalla me enseñó lo preciosa que es la vida. No te puedes imaginar lo afortunado que me siento porque no hayas abortado. Si llego a perder al niño o a ti, me habría suicidado. No te pido que te cases conmigo porque quiera que mi hijo crezca en una familia biparental sino porque te amo más que a mi vida.

Annie no se había sentido más feliz en su vida.

–Sé que hay diferencias entre nosotros, nuestros mundos y nuestras formas de vida son diferentes, pero estoy seguro de que irán encajando como las piezas de tus vidrieras. Si nos queremos, podremos llevar una vida plena y nuestro hijo no hará sino añadir felicidad a nuestra unión.

Annie lloró sin vergüenza.

Aquel guerrero era, además, todo un poeta.

Le indicó que se pusiera en pie y le pidió que la besara.

Johnny obedeció encantado, la tomó en brazos y la llevó al dormitorio, donde Annie se entregó a su futuro marido con toda su alma dispuesta a no volver a huir de un posible problema si ello significaba abandonar al amor de su vida.

Su estancia en la reserva la había ayudado enormemente.

Tanto Johnny como ella habían olvidado el pasado y se enfrentaban a un futuro en común no exento de adversidades.

Pero, ¿qué vida no lo estaba?

Se prometieron criar a sus hijos en el amor para que intentaran hacer del mundo un lugar mejor.

Bajo el reflejo de un corazón de cristal que Annie había colocado en la ventana, hicieron el amor para sellar su pacto.

Su boda sería una unión de culturas y la celebración del comienzo de su vida juntos.

Una vida que tenían intención de disfrutar al máximo.